



Red de
mentiras

@Liah Jones

Primera edición: septiembre de 2019

Copyright

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito del autor.

La tarde pasaba muy lentamente para ella; a pesar de vivir en una casona de los años treinta, remodelada por su marido y con más de diez habitaciones, las

paredes se le hacían pequeñas, porque para ella eran como una prisión. Y es que Raquel era una mujer que siempre había llevado el control de su vida y ahora se sentía impotente de ver que formaba parte de una vida preparada a medida por su marido.

A veces pensaba que era egoísta por no valorar los esfuerzos que Javier, su esposo, había hecho para darle todos los caprichos; incluso llegó a pensar que, en los círculos sociales donde ellos se movían, estaría mal visto que ella se dedicara a algún oficio... Pero recordaba cuando trabajaba como comercial de Marina d'Or, para vender apartamentos de lujo y como, aunque no era el trabajo de su vida, se sentía realizada.

De hecho, así fue como conoció a Javier. Él era un ejecutivo importante en una multinacional dedicada a las inversiones de capital en el extranjero y, en una reunión comercial con su empresa, coincidió con él. Fue encantador con Raquel, a pesar de la diferencia de edad – es doce años mayor que ella-, y de estar recién divorciado de su primera mujer, y tras cerrar un trato de muchos apartamentos como inversión, la invitó a cenar aquella noche.

Ese fue el principio de una relación estable pero corta porque, menos de un año y medio, se estaban casando, en una boda por todo lo alto pero que ya era una muestra de lo que sería su posterior matrimonio: en aquella boda, aparte de la poca familia que asistió de parte de ella, no conocía a casi nadie por ser compromisos laborales y negocios de su reciente esposo.

Pero se acostumbró pronto a ese ritmo de vida... Gimnasio, clases de aeróbic, compras a todas horas y viajes a donde quisiera, incluso sin necesidad de que él viajara con ella.

Ahora me diréis tonta por odiar este tipo de vida, por no estar feliz de tener todo lo que Javier me ofrecía sólo por ser su muñequita en fiestas de postín y reuniones sociales de alto standing. Pero digamos que todo era una fachada, porque pasábamos muy pocos momentos juntos; él cada vez tenía más viajes al extranjero y, cada vez, más largos. Nuestra relación era distante, como si yo fuera uno de los adornos de sus estanterías y me sentía fatal por ser simplemente “la mujer de”. Aquella tarde estaba dispuesta a hablar con él, porque quería trabajar en algo que me hiciera crecer como persona, que me supusiera un reto personal interesante.

- Buenas tardes cariño, ¿Qué tal el día?- dijo Javier dejando el maletín en el mueble del hall y entrando directamente a la cocina, sin parar en el salón a darme, siquiera un beso.

- Pues igual que siempre... Aburrida.- dije con desgana, intentando provocar que fuera él quien empezara la conversación.

- ¿Por qué no has llamado a algunas de tus amigas? ¿No tenéis nada que comprar?- dijo volviendo al salón con la corbata ya desabrochada y la camisa desabrochada.

- ¡No es eso! Javier es que me aburre estar aquí, todo el día sola... Quiero hacer algo...

- No sé.- inquirió sin prestarme la mínima atención.- Pues apúntate a algo, que te entretenga.

Y dicho esto se metió en la ducha como si la conversación se hubiera acabado para él, cosa que me puso muy nerviosa. Pero bien pensado lo que había dicho no era mala idea; había muchos cursos para el fomento del empleo y podía empezar por hacer algo así... Sonreí ante las posibilidades que se abrían para mí y decidí que me pondría a ver posibilidades antes de que mi marido cambiara de opinión.

Una semana después, la ilusión inicial se había desvanecido un poco ante las perspectivas de que no había ningún curso que no requiriera una edad máxima o una formación específica inicial. Y las pocas posibilidades que existían eran cosas como cursos de corte y confección o de cocina, que la verdad no eran los tipos de cursos que yo viera como un gran desarrollo personal para mí.

Pero aquel día, y por sorpresa porque mi marido se había mostrado totalmente indiferente a mi búsqueda, fue él mismo quien me abrió el camino:

- Mira esto, cariño... Creo que te puede interesar...- dijo dejando caer sobre la mesa del salón un folleto de un curso.

Lo cogí con indiferencia, creyendo que podía ser un anuncio de una exposición de moda o de un nuevo restaurante de lujo al que quisiera ir a cenar esa noche. Pero, al tenerlo entre mis manos, vi que se trataba de un curso de gestión empresarial dedicado a emprendedores.

“Jornadas para el Fomento Empresarial basado en nuevas ideas de empleo”

- De... ¿De donde has sacado esto?- dijo sin dejar de mirar el folleto y leyendo hasta la letra pequeña.

- Son unas jornadas en las que participa mi empresa y te he apuntado...

- ¿CÓMOOOO?- grité levantándome del sillón y dándole un abrazo que casi hace que caigamos al suelo.

- ¡Tranquila mujer! ¿No es lo que querías? Para que veas que si te escuchó a pesar de lo pesada que eres...- dijo aflojándose el nudo de la corbata.

- Esto...- le susurré al oído mientras mi mano se apoyaba en su entrepierna.- Esto tengo que agradecértelo, ¿no?

Y es que, si es verdad que nuestra vida sexual no es que fuera para tirar cohetes, mi marido nunca rechazaba el ofrecimiento de una ración de sexo oral, por parte de su querido Raquel. Lo cogí de la mano y lo senté en el sofá del salón, dejándose caer con pesadez; abrí muy despacio el cierre de su pantalón y metí la mano en el slip para sacar su miembro y comenzar a masajearlo con mi mano.

En un momento estaba bastante duro y no dudé un momento en comenzar a lamer el tronco para poco después besar su glande descubierto. Él resoplaba quedándose quieto y mirando con gesto serio lo que su mujercita le hacía. Javier siempre había sido muy poco expresivo durante nuestras relaciones sexuales, cosa que al principio me chocaba un poco pero a lo que acabé acostumbrando con el tiempo.

- Y, ¿cuándo empieza esa curso?- dije mientras me metía ya su polla en la boca.

- Ufff... Empieza mañana mismo, he tenido que mover algunos hilos pero... Ummm... Podrás asistir.

Yo aceleraba el ritmo de la mamada, escuchando sus palabras y sin dejar de mirarlo a los ojos. Noté que comenzó a tensarse mientras su respiración se agitaba, lo que me anunciaba que su corrida estaba a punto de llegar; la saqué rápidamente y comencé a sacudirla para que se corriera bien a gusto encima de mi pijama. No es que no hubiera probado nunca el sabor de su semen, pero

sabía que era una cosa que a él no le gustaba... La “doble moral” del marido que no quiere que esas cosas las haga su mujercita.

Su polla perdió su dureza casi al instante y se levantó resoplando del sofá con esfuerzo y abrochándose el pantalón mientras se lo ajustaba a la cintura; esos kilos de más que había cogido en el último año le estaban pasando factura. Yo me quedé de rodillas allí en el salón viendo como iba al baño sin decir una sola palabra; cogí mi folleto de nuevo y volví a leer con una sonrisa en los labios cada una de las palabras que llevaba escritas.

Día 1

Me levanté por la mañana y me dirigí directamente a la ducha, mientras el sonido de la cafetera, puesta por mi marido, sonaba en la cocina. Su puesto de vicepresidente ejecutivo en su empresa le permitía poder desayunar en casa y leer con tranquilidad el periódico y escuchar las noticias en la radio, nunca entendí la manía que Javier le tenía cogida al televisor.

Perdí el contacto con la realidad al estar bajo el agua templada de la ducha; me tomé mi momento de tranquilidad para empezar a asumir que ese día empezaría esa actividad que tanto ansiaba. Salí de la ducha y me lié en la toalla para comenzar a vestirme... Una falda de tubo, una camisa azul, unos botines y una coleta alta para recoger mi largo pelo negro.

Llegué a la cocina para coger una pieza de fruta para desayunar, sin que mi marido separara la mirada de su periódico:

- ¿Nerviosa por tu primer día de curso?- preguntó mirándome de arriba abajo, por un instante, sobre sus minúsculas gafas para leer.

- No, más bien ansiosa por empezar...- contesté mordiendo la manzana mientras cogía las llaves del Mini que mi marido me compró al casarnos.

- ¡Ah, cariño! Hoy no vendré a comer tengo una reunión importante hasta bien tarde.

No me gustaban nada esas repentinas reuniones, porque significaban otra tarde de aburrimento en casa; cada vez eran más seguidas y me incomodaba que no lleváramos una vida un poco más marital y sosegada... Pero bueno, yo no elegí la profesión de Javier.

Bueno, al menos, hoy iba a ver un cambio en la rutina de mi vida; respiré hondo al arrancar el coche para ponerme en marcha, hacía las instalaciones donde se iba a impartir el curso, que pertenecían a la empresa donde trabajaba mi marido. Aparqué el coche en el aparcamiento destinado para los visitantes y me dirigí a la entrada, con mi carpeta en la mano, y observando cada rincón del edificio como si fuera un extranjero de visita turística. Iba tan despistada que estuve a punto de ser atropellada por una moto de gran cilindrada que pasó a escasos centímetros de mí; vi como aquel conductor se alejaba sin ni siquiera preocuparse por el susto que me había dado, pero la verdad que me vino bien para espabilar un poco y no entrar en el centro con esa cara de alélada; El devenir de gente de un lado a otro, el ruido de fax y teléfono; el repiqueteo de los dedos en los teclados de los ordenadores; todo creaba un clima que me provocaba una gran ilusión.

Llegué justo al pasillo que indicaba el folleto y pude ver que había cuatro o cinco personas de distinta edad en la puerta, que charlaban amigablemente entre ellas. Yo me acerqué un poco cortada, pues la verdad que las relaciones personales nunca han sido mi fuerte, sobre todo últimamente. No tuve que iniciar ninguna conversación, porque, justo a la misma vez que yo, llegó el que parecía ser el ponente del curso que abrió la puerta de una de las aulas para darnos paso.

Entramos de forma bulliciosa para encontrarnos con una serie de mesas, con sus respectivas sillas, dispuestas en forma de U para dejar ese hueco al frente a la mesa del profesor con una pantalla de proyector... Sonreí al pensar que

esto era muy distinto a mis clases de instituto, que tenía un aire más “profesional”. Me senté a lado de una chica, más o menos de mi edad, que veía que era de las más dicharachera de la clase; no me preguntéis porqué lo hice, quizás fue una manera inconsciente de tratar de vencer mi timidez.

- Hola, yo soy Mabel...- dijo con una sonrisa en la cara y alargando su mano a modo de saludo.

- Raquel, encantada...- contesté apretando su mano.

Como si hubiera sido una simple formalidad volvió a poner su mirada en los folios que había sobre la mesa mientras el profesor comenzaba a dar explicaciones sobre el desarrollo del curso; básicamente tenías que exponer la idea que teníamos de negocio y plantear como desarrollar la misma. En el curso había gente que quería montar toda clase de negocios, desde boutique de moda, hasta empresas de mensajería... Justo cuando le tocaba a mi compañera de al lado exponer su idea, sonaron unos nudillos en la puerta del aula.

- Perdón...- se disculpó la secretaria del centro, una mujer de unos 40 años, que interrumpió la clase.- Sr. Cardozo, ha llegado un alumno suplente de última hora...

- Por supuesto, que pase...- dijo el ponente con un gesto de conformidad de su mano.

La secretaria del centro se retiró para dejar paso a un chico de unos 28 o 29 años; con el pelo mojado echado hacía atrás, unos vaqueros anchos y una camiseta que marcaba sus anchos hombros cultivados en gimnasio. Llevaba un casco en la mano, que reconocí al instante como el que llevaba puesto el motorista que casi me atropella en la entrada.

- Buenos días, perdón por llegar tarde...- dijo él, disculpándose de la clase en general y del profesor en particular.

- No se preocupe... Pase y siéntese.- contestó el profesor con una sonrisa.

Seguimos las presentaciones de cada uno de los proyectos, pero mi mirada se dirigía sin poder evitarlo al alumno suplente de última hora; tenía una especie de magnetismo que me impedía dejar de mirarlo. Al menos, me tranquilicé de ser la única que se sentía atraída por él.

- Madre mía, que barbaridad... Está bueno el tío, ¿eh?- dijo

mi compañera dándome un cariñoso codazo en las costillas.

- La verdad que sí...- contesté sin pensar y poniéndome roja como un tomate al darme cuenta de mi distraída respuesta.

- Que diga pronto lo que quiere montar que yo lo financio, jajaja.- bromeó mi compañera Mabel.

Llegó el momento en el que me tocaba explicar mi idea de negocio y, superando los iniciales nervios, fui capaz de construir una exposición en condiciones sobre mis ideas sobre gestión de patrimonio y decoración de inmuebles: siempre se me había dado muy bien la decoración y, en su momento, hice un par de cursos por correspondencia, sobre Art decó y escaparatismo.

Por primera vez, noté que toda la clase me prestaba atención; esa agradable sensación de sentirte valorada por los que te rodean, de que les interesa lo que piensas y dices... Además, sentí la mirada de aquel hombre que me atendía como no había atendido a ninguna de las demás explicaciones, llegando a apoyar los codos en la mesa en una postura de que demostrada un gran interés. Yo más que ponerme nerviosa, sentí un subidón increíble, porque la mirada de ese hombre me hacía sentir bien, como hacía tiempo no me hacía sentir ninguna presencia masculina.

Al acabar mi exposición, no pude evitar mirarlo con gesto cómplice y. el desconocido motorista me devolvió una sonrisa, sin dejar de mirarme a los ojos. Eso me gustó, porque ni miró mi cuerpo ni mi cara, sentía perfectamente sus ojos clavados en los míos.

Entonces llegó el momento de su exposición y, a esas alturas, Mabel y yo ya estábamos lo suficientemente interesadas en él como para no perder detalle de lo que iba a decir:

- Hola, me llamo Carlos, tengo 28 años. Estudié Arquitectura Técnica y, después, Turismo... He trabajado en algunos hoteles de la capital como relaciones públicas; ahora busco algo más tranquilo y, he decidido restaurar una casa rural que pertenecía a mis abuelos para montar una especie de hostel campestre.

- Muy interesante...- dijo el profesor.- Como veis no importa tanto la idea de negocio, como la forma de venderlo...

Nuevo codazo de Mabel, para llamar mi atención y comentar algo sobre la puesta en escena de Carlos:

- Joder, Raquel... Está bueno, tiene estudios y un hostel campestre; y lo más importante: no lleva anillo en el dedo.

Sonreí ante el análisis que Mabel había hecho de Carlos; y, como un gesto reflejo, me fijé en su dedo anular. En ese momento entendí que el anillo que yo llevaba en el dedo decía muchas cosas de mí. Estaba casada y no podía permitirme el lujo de tontear con ningún hombre que no fuera mi marido... Levanté la mirada de mi mano hacia Carlos y, allí estaban de nuevo, esos ojazos negros mirándome.

Después de dos horas de clase, se dio un descanso para tomar un café y salimos todos en tromba hacia la salida; yo me pegué a Mabel porque, si bien era un poco escandalosa para mi gusto, es la única a la que conocía. Éramos pocos en la clase, así que casi todos nos juntamos para decidir donde ir a tomar el café. Peor mi mirada estaba en la salida del centro, porque Carlos no venía con nosotros, se había quedado charlando con el profesor.

Me fui con mis compañeros a tomar el café y la charla derivó en conocernos todos un poco personalmente; algunos hablaban más de sus vidas y otros pasaban un poco por lo alto. La verdad que no me sentía incomoda; participaba con los chistes de Genaro, un simpático cuarentón que era la alegría de la reunión; con las críticas a los hombres de Lourdes, una recién separada que decía que se iba a meter a lesbiana; y las barbaridades de Mabel, que empezaba a caerme cada vez mejor. Supongo que no recordaba ya lo que eran las reuniones alrededor de una mesa de bar, sin la etiqueta de las fiestas de alto standing.

Cuando llevábamos un rato ya en el bar, vi aparecer por la esquina a Carlos que miraba hacia un lado y a otro buscándonos; yo, un poco avergonzada, me hice la despistada, pero no sirvió de nada.

- ¡Carlos! ¡Estamos aquí!- gritó Mabel, levantando de la silla y agitando las manos.

El chico, por supuesto, la vio y se dirigió hacia donde estábamos nosotros sentados; se acercó a nosotros y cogió una silla libre que había en una mesa de al lado y, ni corto ni perezoso, colocó la silla justo entre Mabel y yo.

- Vaya lo tuyo es llegar tarde a los sitios, ¿eh?- bromeó Genaro sobre las impuntualidades de Carlos.

- Sí, parece que hoy no es un buen día para quedar conmigo.- siguió con la broma Carlos.

- No te creas, Genaro. Para según que cosas, tardar mucho es bueno.- soltó Lourdes provocando las carcajadas de todos, excepto de algún despistado que no había pillado la connotación sexual del comentario.

Seguimos con las bromas, para diez minutos después volver todos a clase y seguir con el curso... El hecho de conocer un poco a mis compañeros hizo más amena la segunda parte del día, mostrándonos más interesados en la opiniones de los demás.

Antes de darnos cuenta había acabado el día y ya recogíamos nuestras cosas, cuando el profesor nos pasó una hoja para que rellenáramos nuestros emails y nuestros teléfonos; después fotocopio esa hoja y nos pasó una copia a cada uno. Mi mirada buscó rápidamente el correo electrónico de Carlos; pues sí, allí estaba...

- Raquel...- escuché una voz cuando iba a salir del aula; miré hacía atrás y vi a Carlos que se ponía a mi altura.- Tú eres Raquel, ¿verdad?

- Sí...Sí.- contesté un poco nerviosa mientras Mabel sonreía a mi lado, como una quinceañera de instituto.

- Solo quería pedirte perdón por lo de esta mañana...- dijo con una sonrisa en los labios.- Casi te atropello con la moto.

- No pasa nada, Carlos... También ha sido culpa mía por pasar sin mirar.

- Bueno, pero me dejarás que mañana te invite yo al café, ¿vale?

Dudé un momento, pensando en que estaba haciendo algo malo pero, ver los gestos de ánimo de Mabel, provocaron en mí un brote de valentía.

- Vale, mañana pagas tú mi café.- le dije volviendo a quedar colgada de sus ojos.

Día 2

Cuando ese día llegué al curso, estaba mucho más segura que la mañana anterior; pasar, de nuevo, toda la tarde sola con mi marido entretenido en algunas de sus aburridas reuniones de negocios me hizo valorar mucho más el momento que estaba viviendo.

Me encontré a Mabel, justo cuando había aparcado el coche y me saludó dándome dos besos en las mejillas como si nos conociéramos de toda la vida.

- ¿A qué no sabes lo que estuve haciendo ayer?- me dijo con voz infantil mi amiga.

- Pues ni idea...- dije sorprendida por la conversación de Mabel.

- Pues me dediqué a agregar a todos los del curso en mi Messenger... Y allí estaba Carlos.- dijo volviendo a darme uno de sus codazos.- Oye, a todo esto; no pusiste tu correo electrónico en la hoja de contactos.

- No, pero es porque llevo mucho tiempo sin entrar al correo; de hecho ni recuerdo la contraseña...

- Niña, por dios, pues hazte otro, que es gratis.

- No sé, a mi eso del Messenger nunca me ha llamado la atención...

- Pues Raquel, la verdad a mí me viene genial... Todas las tardes en casa sola y aburrida, me conectó y charlo un rato con amigos.

- Bueno, quizás sea porque tengo pocas relaciones de amistad como para tener su Messenger.

- Creo que eso acaba de cambiar, cariño.- dijo Mabel enseñándome la hoja de contactos de la gente del curso.- Venga, mujer, que

tienes de sacar del cascarón.

- Vaaale, lo haré... Esta tarde me haré una cuenta...- dije provocando un abrazo de la cariñosa Mabel, a la que había conocido hace un día, pero se podía considerar una de las pocas amigas que tenía.

Entramos en clase y allí estaba Carlos, sentado en el mismo sitio de la vez anterior, y charlando con Rosa, otra de nuestras compañeras de clase, que gesticula entre risas con una de sus manos dando golpes en el hombro del muchacho.

Al entrar en el aula, su mirada buscó la mía como si presintiera que estaba allí; no sé muy bien como lo hacía, pero parecía notar cuando yo estaba cerca. ¿Y sabéis una cosa? Eso me gustaba. Ya sé que soy una mujer casada y que está mal decirlo, pero sentir que un chico, 15 años menor que mi marido, se sentía atraído por mí me emocionaba.

La primera parte de la clase pasó volada entre referencia a técnicas de marketing empresarial, aburridos balances financieros de empresas y otras explicaciones del profesor. Puedo decir que a llegar el descanso, todos suspiraban por el placer que nos causaba levantarnos y estirar las piernas y tomar un café.

- Raquel...- me llamó Carlos justo cuando salía por la puerta junto a Mabel y Lourdes.

Me giré para ver como se acercaba a mí; ¿ese día estaba más guapo todavía o era las ganas que tenía yo de verlo? Esa camisa de manga corta ceñida a sus bíceps de gimnasio, su pelo engominado hacia atrás y esos pantalones anchos que tanto le gustaban... Tuve que hacer fuerzas para mantener la boca cerrada y no desencajar la mandíbula.

- Hoy tengo que invitarte yo al café, ¿recuerdas?- me dijo poniéndose a mi altura y colocando la mano en mi hombro, lo que me causó un escalofrío.

- Sí, si me acuerdo... Pero como siempre eres tan tardón para salir, pues he decidido ir con ellas a coger sitio.

- Vaya, creo que lo de tardón no me lo voy a quitar ya en la vida.- dijo con media sonrisa.

- Bueno, dicen que la primera impresión es la que cuenta,

¿no?

- No creo que eso sea así porque mi opinión sobre ti ha cambiado en sólo un día.

Me quedé sorprendida ante la frase de Carlos y busqué la complicidad de mis amigas, pero éstas iban bastantes pasos por delante, para provocar que nosotros nos quedáramos a solas.

- ¿Ah sí? ¿Y se puede saber cuál fue la primera impresión que te causé?

- Tendrás que torturarme para que lo confiese...- dijo guiñándome un ojo.- Venga, vamos a por ese café, que tus amigas se escapan.

Sabía como dejarme siempre con la palabra en la boca; la verdad que yo estaba acostumbrada a hombres que llevaran el control, porque mi marido llevaba todo el peso de nuestro matrimonio. Pero Carlos era diferente, porque aunque parecía ser la clase de hombre que llevaba la voz cantante, tenía la particularidad que te hacía sentir importante a su lado, sin anularte como persona.

Nos sentamos todos, alrededor de la mesa; yo al lado de Mabel, y Carlos a mi lado. Cada vez me sentía más cómoda al lado de mis compañeros y era capaz de abrirme un poco más hacia ellos.

- Oye, Raquel...- dijo Lourdes delante de todos.- Te olvidaste de poner tus datos en la hoja de contactos.

- Sí, lo siento... Luego os paso los datos.- dijo un poco abochornada pero segura de querer crear vínculo con ellos.

- Es una forma sencilla de conseguir teléfonos de mujeres, ¿verdad, Carlos?...- bromeó Genaro ante las carcajadas de todos.

- La verdad que no lo sé, nunca me ha hecho falta pedir el teléfono a nadie...- soltó dándole una palmada en la espalda a Genaro.

Todos volvimos a reír a carcajadas; algunas de las chicas con risas nerviosas, porque sabían que no era ninguna mentira que a aquel muchacho no le haría falta mucho esfuerzo para conseguir el teléfono de alguna de ellas. Yo sonreí en silencio, porque me gustaba esa seguridad que mostraba; más que otra cosa, era un orgullo por sus respuestas, como si fuera algo mío.

Volvimos, de nuevo, a la clase y Carlos hablaba con nosotras como si nos conociera de toda la vida, aunque tengo que admitir que prestaba bastante más atención a mí que a cualquier otra, pero sin ningún gesto fuera de lugar que denotara una falta de respeto. No era el clásico ligón de discoteca, sino un chico que me estaba embaucando poco a poco.

La clase acabó entre bromas de todos que hicieron un poco más amena, contando con la permisividad del profesor, que parecía estar tan cansado como nosotros de aquellas largas clases.

Salimos todos en estampida y, ya en puerta, vi que Mabel se dirigía la parada del autobús, tras despedirse de todos. Carlos que iba a coger la moto se dio cuenta y arrancando la moto se puso justo al lado de ella. No sé muy bien lo que hablaron, pero minutos después pude ver como Carlos le dio un casco y Mabel, colocándoselo, se subió a la moto. ¿Os podéis creer que sentí algo de celos de ver a mi amiga yéndose con Carlos? ¡Por dios, que soy una mujer casada!

Esa tarde, tras darme una relajante ducha me senté frente al ordenador de mi marido, dispuesta a hacerme la prometida cuenta de MSN, con la que abrirme al mundo; había como unas ganas de poder hablar con Mabel para que me contara lo de esa mañana con Carlos, o con el propio Carlos. Me di cuenta que comenzaba a buscar en Internet la vía de escape que no tenía en mi vida matrimonial.

Una vez conectada, cogí la hoja de contactos que me había pasado mi amiga y, directamente agregue solo la dirección de ellos dos; por suerte en ese momento era mi amiga la que estaba conectada porque, la verdad, no sé si hubiera sido capaz de hablar con Carlos.

- *¡Chocho! Ya te has hecho esto, ¿no?*- escribió Mabel nada más verme conectada.

- Sí, la verdad que hoy ha venido la asistenta a limpiar y no tenía nada que hacer.

- *Joder, ¿Qué tienes asistenta y todo?*

- Bueno sí. Cosas de mi marido que no quiere que me ensucie las manos.

- *¡Vaya con la marquesita! Pues mándamela un día que*

tengo ropa de plancha para estar hasta el mes que viene, jaja.

- Y tu marido no es de los te echan una mano, ¿no?

- *Cariño, hace un año que estoy separada; así que tengo que tirar con mi hijo pequeño y con una casa yo sola.*

- Pues no te creas que no me gustaría a mí tener un hijo, por lo menos no estaría sola todo el día en casa... Mi marido está siempre de reunión en reunión.

- *Tendrá una querida por ahí, jaja*

- ¿Por qué dices eso? Mi marido, el pobre, si casi no me rinde a mí y. además tienes sus cuarenta bien cumplidos...

- *Era broma mujer, pero vamos que no hace falta ser un chaval para ser infiel. De todas formas, ahora lo entiendo todo...*

- ¿Qué lo que entiendes, bruja? Jaja.

- *Las miraditas que le echas al buenorro del curso... Claro, como tu marido te tiene a "dieta"...*

- Jajaja, perdona bonita pero yo no he mirado y, además, la que se ha ido hoy montada en la moto con él, no he sido yo...

- ¿Nos has visto? Uff, nena, no sabes la espalda tan dura que tiene... Por dios, me pongo nada más que de pensarlo... Se ofreció a llevarme y ya está.

- Ya en serio, creo que ese tío no te conviene... Me había tirado los trastos una hora antes...

- *Nena, pues entonces está solo por ti, porque a mi en ningún momento se me insinuó... Me trajo a mi casa, charlamos sobre el curso y ya está.*

Por un momento pensé en las palabras de mi amiga, sobre si era posible que Carlos se sintiera atraído por mí; ¿por qué no se podía sentir atraído por mí? Al fin y al cabo, era una mujer de 30 años, con un muy buen cuerpo esculpido de gimnasio y que podía resultar atractiva para un chaval de 28 años como Carlos.

- *¿Sigues ahí?*- volvió a escribir Mabel.

- Sí, si... es que tenía el café puesto y he ido a quitarlo de la vitrocerámica.- mentí para ocultar que me había quedado absorta en mis fantasías con Carlos.

- *Bueno, pues lo que te decía, ¿has agregado ya la cuenta de tu amante?*

- No seas bruta mujer... No, no lo he hecho...

- *Te diré una cosa, Raquel... Me tiré unos pocos años cuidando, como un estúpida, mi casa, y haciendo caso omiso de las insinuaciones de algunos hombres, por amor a mi marido. Y un año después me entero que me deja, porque lleva más de un año liado con una compañera de trabajo...*

- Bueno, pero esa no es razón para que yo me líe con un tío al que conozco desde hace dos días.

- *Oye, espera, yo no he dicho que te líes con él, solo que no lo rechaces por que sí. Admite sus halagos, juega con él... ¡Por Dios! Que es un hombre, tú sabes cuando parar, pero regálale los oídos.*

Me estaba dando cuenta que Mabel me estaba haciendo pensar de forma distinta; a ver la vida de otra forma... En parte tenía razón, porque yo no le hacía daño a nadie si dejaba de Carlos jugar a ese juego de seducción y miradas.

- Vale, lo haré...

- *¿El qué...?- contestó ella al momento.*

- Que voy a agregar su dirección... Pero, no creo que esté a estas horas.

- *No, ahora no está; conéctate por la noche y lo pillarás*

- Mira que bien lo sabes...- dije riendo mientras escribía.

- *Bueno, es lo que él me dijo; que por las tardes está en el gimnasio y en la casa de campo que está reformando.*

- Parece que es un hombre muy atareado, jaja.

- *A mi me encanta los hombres atareados, suelen ser muy buenos en la cama.*

- Serás zorra...
- *Sí, sí. Todo lo zorra que tú quieras, pero ya me has dicho que lo vas a agregar, así que...*
- Bueno, me voy a la ducha; mañana nos vemos en el curso, ¿vale?
- *Eso, eso, y ya me cuentas que tal esta noche.*
- Vaaaaale, besitos.

Me di un baño de espuma relajante, dedicándome tiempo a mí misma; sabía que mi marido no vendría ni siquiera a cenar, por un mensaje que había dejado en el contestador, así que era la noche perfecta para conectarme y charlar con Carlos. Una sonrisa se dibujó en mi cara, mientras frotaba mi cuerpo con la espuma de baño; estaba recordando los consejos de Mabel y me hacían gracia: *“Admite sus halagos, juega con él...”*. Y me di cuenta que estaba dispuesta a jugar.

Salí del baño y me puse un pijama cómodo para estar en casa. Me preparé un sándwich y una ensalada, y cené mientras veía la televisión. Cuando acabé y recogí la cocina, me dirigí al despacho de mi marido, encendí el ordenador y tecleé la dirección de Carlos para agregarlo. Salió como “conectado” y en su foto de *avatar* del MSN, salía sonriendo con unas gafas de sol puestas y el torso desnudo. Para que negarlo, estaba buenísimo y no pude evitar mordirme el labio, en el primer gesto que me permitía expresar sobre él. Pero, en un segundo gesto, no pude evitar buscar entre las fotos que tenía mi esposo en su ordenador y poner una mía en bikini para mi *avatar*. Sonreí al verme en esa foto, sabiendo que él también la vería; me excitó...

- Hola- escribí esperando su respuesta que no tardó en llegar.
- *Hola, Raquel... Por fin te conectas...*
- Ah, ¿me estabas esperando?- escribí sonriendo ante la impaciencia demostrada por Carlos.
- *Bueno, no me refería a hoy, sino a que Mabel me dijo que no tenías cuenta de MSN.*
- Vaya, que esta Mabel habla demasiado, jaja.

- *No es nada malo lo que dice de ti... Si le hiciera caso, poco más que serías la mujer perfecta.*

- Sí, bueno... Creo que tiene vocación de celestina; está empeñada en emparentarnos. Dice que yo te gusto- lancé una carga de profundidad, amparada en la distancia del chat, cosa que no me hubiera atrevido en persona.

- *No anda desencaminada, Raquel. La verdad que me gustas, eres una mujer muy atractiva.*- contestó con una rapidez que volvió contra mí, toda la osadía de mi aseveración.

- Vaya, eres un halagador... A más de una habrás embaucado con tu palabrería.

- *No me puedo quejar pero, créeme, éste no es el caso... Que yo sepa, no te he tirado los trastos... Todavía.*

- ¿Todavía? Jajaja; ¡que cara tienes!

- *¿No te puedes permitir una amistad con un hombre sin creer que pretenda nada más?*

- Has sido un poco borde, ¿no?

- *No, no... No me malinterpretes; ¿ves? Por esto no me gusta hablar por aquí para conocer a una persona... El lenguaje escrito obvia cualquier muestra de tono, por lo que no puedes ver si estoy hablando en serio o simplemente...*

- Bueno, quizás tengas razón... Lo siento, por prejuizarte, pero cumples todos los requisitos para ser un...

Por un momento dejé de escribir para ver su reacción, ante la frase que había dejado colgada; no tardó en contestar ni diez segundos. Parece que estaba tan interesado en la conversación como lo estaba yo.

- *¿Un qué...?*

- Tendrás que torturarme para que confiese... ¿Recuerdas?- contesté usando la misma frase que había usado él, cara a cara.

- *Eres una rencorosa, jaja...*

- Digamos que, simplemente, como buena jugadora de póker, sé usar mis cartas, jaja.

- *Vaya, ¿juegas al póker? Jaja...*
 - *¿De que te ríes ahora?*
 - *Nada, nada... Es que te he imaginado con tu puro, tu vaso de whisky y tus cartas, jajaja.*
 - *Sí, claro... Y el caballo en la puerta, ¡no te jode!*
 - *Jajaja, pero, ¿qué lenguaje es ese en una señorita?*
 - *Si es que me pones de los nervios...- escribí un poco molesta.*
 - *Bueno, por lo menos, todo esto ha servido para romper esa coraza que tenías.*
 - *¿A que te refieres?*
 - *A que, en menos de diez minutos que llevamos hablando, ya hablas conmigo de forma natural, sin parecer llevar un escudo anti-misiles.*
- Me quedé pensando, releyendo una y otra vez sus palabras; la verdad, que estaba teniendo con él una conversación bastante más amena que con mi marido en los últimos meses. Sonreí como una boba, ante la sensación que provocaba ese hombre en mí; ya no era una simple atracción física, sino un vínculo que me hacía salir de mi monotonía.
- *¿Estás ahí?-* escribió Carlos, ante los segundos de silencio en su pantalla.- *¿Te ha molestado lo que he dicho?*
 - *No, no... Me ha gustado mucho. La verdad, que me gusta hablar contigo; bueno, contigo y con Mabel... Será por eso de la coraza.*
 - *Jaja... Entonces, ¿me lo vas a decir?*
 - *¿El qué?-* dije, sin saber muy bien de lo que hablaba.
 - *Antes me has dicho que tenía todos los requisitos de ser un... Y no has acabado. Dímelo.*
 - *Bueno, por la pinta y tu forma de comportarte al principio, parecías el típico ligón de discoteca... Pero he de admitir que cuando dijiste lo de la casa rural y eso, me sorprendiste...*
 - *Las apariencias engañan... No todo es lo que parece, nunca debes de fiarte de tus instintos.*

- Buff, que profundo eso, ¿no?
- *Sí, parece que me pones filosófico, jaja. Pero es una máxima que siempre he seguido, y no me ha dado mal resultado.*
- Bueno, creo que lo justo es que ahora me lo digas tú... Lo que no te atreviste a decirme el otro día. ¿Qué es lo que yo te parecía?.
- *No sé, no quiero que te ofendas.*
- ¿Tan malo es?
- *No sé; ¿es malo escuchar la verdad?*
- Estás muy seguro de ti mismo, ¿no? A ver, que es lo que te parecí a primera vista...
- *A ver, allá voy: me pareciste una mujer que está harta de ser ama de casa, insegura de sí misma hasta límites que le hacen dudar de si será capaz de demostrarse a sí misma que sirve para algo más que vivir al lado de su marido. Seguramente, ese marido sea un retrogrado que siempre le ha gustado tener a una Barbie al lado como si fuera una muñeca de porcelana. Pero en tus ojos vi la insatisfacción de resignarse a eso y, por eso, te has apuntado a este curso: más por demostrarte a ti misma de lo que eres capaz, que a la gente que te rodea...*

No me podía creer lo que estaba leyendo; por mucho que tratara de negarlo, aquello era como si Carlos hubiera estado dentro de mi cabeza; era increíble como había captado mi personalidad. No sabía como contestarle. Mis manos temblaban sobre el teclado, mientras tragaba saliva.

- Madre mía...- escribí por fin
- *¿He acertado?*
- Bueno, has sido un poco bestia, pero... Madre mía.

En ese momento, escuché el coche de mi marido aparcando en el garaje; me puse nerviosa como si estuviera haciendo algo malo. Bueno, en verdad, quizás si estaba haciendo algo malo... Porque me sentía muy atraída por ese hombre que me hablaba a través de la pantalla del ordenador de mi marido.

- Tengo que cortar... Ha llegado mi marido.
- *Vale, pero ¿te puedo pedir una cosa?*

- Rápido, ¿Qué cosa?

- *Mañana, en vez de llegar a las nueve como siempre, llega a las ocho y media para tomar un café conmigo, en la cafetería de siempre...*

El ruido de la puerta abriéndose me puso más nerviosa aún; no sabía muy bien que contestar porque sabía que, aceptar su invitación, era dar un paso muy importante en ese juego que me había aconsejado Mabel.

- *¿Qué contestas?*- vi escrito en la pantalla el mensaje de Carlos.

- De acuerdo... A las ocho y media, allí.- contesté sin pensarlo mucho.- Me voy ya. Adiós...

- *Adiós, guapísima.*- leí antes de cerrar la sesión, segundos antes de que la puerta del despacho y entrando mi marido.

Yo abrí una carpeta de fotos de las vacaciones, de donde había sacado la foto en bikini que había puesto de avatar en el MSN, para disimular.

- Buenas noches, cariño. ¿Qué haces aquí?

- Pues estaba viendo fotos de las vacaciones...- dije disimulando y levantándome para darle un beso a mi marido.

El mismo beso frío de cada noche; normalmente mi marido no era muy efusivo, pero esa noche se había juntado con mi desgana, al tener mi cabeza ocupada con la conversación de Carlos.

- Bueno, sigue si quieres... Yo voy a darme una ducha, y luego me prepararás la cena, que me quiero ir a la cama pronto.

- Vale, ya he acabado... Ya voy a la cocina.

Javier salió del despacho hacia el cuarto de baño, mientras yo suspiraba de desidia frotándome los ojos. En ese momento, decidí que no hacía daño a nadie por querer tener una amistad con ese chico. Iba a conocerlo con todas las consecuencias; necesitaba sentir que interesaba a alguien... Y Carlos me hacía sentir así.

Preparé una tortilla francesa y unos filetes de lomo para él; una ensalada y unas piezas de fruta para mí. Cuando salió de la ducha cenamos viendo el televisor sin cruzar ni una palabra: “¿Qué tal cariño?”, “¿Cómo te ha ido el curso?”, “Estás muy guapa esta noche”... Nada. Sus filetes, su tortilla y su televisor... ¿Cómo era posible que, de la noche a la mañana, me hubiera dado

cuenta que Javier no me tenía en cuenta para nada? Llevaba meses viviendo en una burbuja que me impedía ver el distanciamiento entre nosotros.

Recogí la mesa, mientras él se echaba en el sofá a seguir viendo un aburrido programa sobre economía y política del Canal Intereconomía.

- Me voy a la cama, cariño... Mañana empiezo el curso más temprano.

Ni caso. No contestó siquiera y ni quitó los ojos de la pantalla... Pero, en contra de lo podáis pensar no me enfadé, simplemente me resigné a lo que me había tocado vivir; pero, al menos, ahora con el curso, tenía otra vida que me ayudaba a evadirme.

A la mañana siguiente, cuando sonó mi despertador, Javier todavía estaba durmiendo; me levanté de su lado y me dirigí a la ducha. Empecé a espabilarme cuando el agua templada comenzó a caer sobre mi cuerpo desnudo. Me di cuenta que estaba excitada sólo de pensar en que había quedado con otro hombre; no había ningún componente sexual en la cita, pero el hecho de saber que me estaba preparando para encandilar a Carlos, me tenía cardíaca.

Frente al armario, empecé a pasar las perchas para observar las prendas que podría ponerme. Entonces, se me ocurrió que ya estaba bien que querer aparentar ser lo que no quería ser: cogí una vaqueros bastante ceñidos que usaba cuando iba a la compra, una camiseta ancha que dejaba al aire uno de mis hombros y unas zapatillas cómodas. Me miré al espejo y di un poco de color en la cara, pero sin llegar a maquillarme como lo hacía normalmente. Me recogí mi pelo en una coleta baja que caía sobre mi espalda y bajé las escaleras hacía la cocina.

Esa mañana me sentía particularmente activa y exprimí un par de naranjas para hacerme un zumo y me preparé un sándwich de pavo en pan integral. Comí en silencio, sentada en la cocina mientras ordenaba mis pensamientos, y después me levanté para dirigirme a la puerta.

Al pasar junto al mueble de la entrada, cogí mi monedero y las llaves del coche. Salí a la calle con las primeras luces de la mañana y la luz de las farolas aún encendidas. Me dirigí hacía la cochera, pero vi como desde el fondo de la calle se acercaba el autobús del barrio, que llevaba al centro de la

ciudad. Sonreí, me guardé las llaves en el bolsillo y crucé la calle hacía la parada. La gente que esperaba en la parada el autobús a esas tempranas horas para ir a trabajar, pensarían que estaba loca por llevar esa sonrisa... Me daba igual; llevaba desde que me casé sin coger un autobús urbano y, para mí, era otra método de liberación.

Me subí al bus, pasé por el pasillo hasta que encontré un asiento vacío, y notando como los hombres me devoraban con los ojos, mirando mi culo apretado en esos vaqueros.

Llegó mi parada mientras yo jugueteaba con un estúpido juego de mi teléfono móvil; bajé, atrayendo de nuevo las miradas de mis compañeros de viaje, y me dirigí hacia la cafetería en la que había quedado con Carlos. Mi corazón latía desbocado y, mas aún, al ver la moto aparcada en la puerta.

Allí estaba él, apoyado en la barra, charlando con el camarero y dándome la espalda; llevaba unos vaqueros que le sentaban de muerte y una camiseta que, como la del día anterior, marcaban su musculosa espalda y sus fornidos brazos.

- Buenos días.- dije interrumpiendo la conversación que tenía él con el camarero.

- Buenos días.- dijo él girándose para quedarse callado al verme vestida de manera tan informal.- Vaya, Raquel, estás...

- Sí, ridícula ¿verdad?- le dije un poco avergonzada.

- En absoluto... Estás mucho más guapa que de costumbre.

- Vaya no sé si eso es bueno o malo, Carlos.

- Primera lección...- dijo cogiéndome del brazo como una pareja de ancianos y dirigiéndonos hacía una de las mesas del local.- Si tú te sientes cómoda y atractiva, no hace falta lo que te digan los demás.

- La verdad, que estaba un poco cansada de tacones y faldas...

- Y ese vaquero no te queda nada mal, ¿sabes?

- ¡Oyeee! No seas tan lanzado...

- No me estoy lanzando sólo pienso que te queda muy bien... Me gustan mucho más las mujeres naturales, sin tanto artificio.

El camarero trajo los dos cafés que habíamos pedido y seguimos charlando sobre nosotros, nuestras vidas, nuestros proyectos y nuestro futuro; Carlos me sorprendió por la capacidad de análisis que tenía, cada cosa que yo le contaba parecía ya haberla pensado él antes. También me sorprendía la seguridad que tenía en sí mismo y mi capacidad de superarme. Era como una vitamina para mi moral; una persona muy especial... Y tengo que aclarar que durante toda esa hora que estuvimos en la cafetería, llegando tarde al curso, no hubo ni una sola referencia sexual, ni ningún intento de acercamiento físico por su parte.

Cuando nos dimos cuenta de la hora y de que se había hecho tarde, pagamos corriendo y salimos a toda prisa como dos colegiales hacia el curso... Al entrar en clase, yo primero y Carlos tras de mí, Mabel me miró con cara de sorpresa y una sonrisa en los labios. Nos sentamos cada uno en su sitio, tras disculparnos con el profesor del curso, y volvimos a nuestras clases.

- ¿No tienes nada que contarme?- me requirió Mabel nada más sentarme a su lado.

- Pues no, sólo hemos tomado café, juntos...

- O sea, ayer lo agregas a tu cuenta de MSN y hoy ya has quedado con él “para tomar café”.

- Pues es la verdad...

- Ya, y tampoco tiene nada que ver en que vengas con vaqueros y con el pelo recogido...

- Bueno, en eso quizás tienes tú mucho más que ver... Tenías razón en lo que necesitaba mirar un poco más por mí...

- ¿Yo te dije eso? Bueno, me alegro que haya funcionado...

La clase se me hizo bastante más amena ese día, en parte por haber llegado casi una hora tarde y, en parte, porque el recuerdo de la conversación con Carlos me tenía lo suficientemente entretenida como para no prestar mucha atención. Mabel y yo salimos de clase y Carlos no tardó en ponerse a nuestra altura.

- Hola Mabel...- saludó educadamente Carlos, poniéndose al lado de amiga.- ¿Quieres que te llevé hoy a tu casa también?

Mabel me miró como pidiéndome permiso, cosa que me hizo reír porque me

atribuía ya una especie de derecho de pernada sobre nuestro amigo; yo asentí, de forma disimulada, para que Carlos no se diera cuenta.

- Pues si no te molesta...- contestó Mabel a Carlos cogiéndose de su brazo.- Pero esta vez, si puede ser, ve un poco más despacio.

- De acuerdo, lo que usted diga, jefa...- bromeó Carlos, mientras llegábamos ya al aparcamiento.

Carlos se giró hacia mí, sin soltar a Mabel del brazo, y me sonrió de forma pícaro. Yo devolví la sonrisa de forma involuntaria, sin saber muy bien que sentido tenía aquello.

- ¿Te espero esta noche?- dejó caer como una bomba delante de Mabel.

- ¿Cómo?- dije sin captar a lo que se refería.

- Que si te espero esta noche en el MSN...- aclaró mientras Mabel esbozaba una sonrisa.

- No... No sé...- dije algo nerviosa.

- Bueno, yo te esperaré por si acaso.- dijo mirando otra vez a Mabel.- ¿Y tú? ¿Ya no te conectas?

- Sí, sí... Lo que pasa que ayer me fallaba la conexión.- mintió Mabel, porque yo sabía perfectamente que no se había conectado para provocar la conversación entre Carlos y yo.- ¡Ah! Raquel, dame tu número de teléfono, por si te quiero llamar algún día.

- Toma...- contesté ofreciéndole una tarjeta de visita que llevaba en el monedero.

- ¿Para mí no tienes una de esas?- preguntó Carlos mirando la tarjeta.

- Tú te la tienes que ganar, guapo...- contestó Mabel por mí, provocando la risa de los tres.- Y ahora, vámonos ya que tengo que recoger al niño del colegio...

Subieron los dos a la moto de Carlos y se fueron, mientras Mabel me saludaba con un gesto de su mano diciéndome que me llamaría después.

Así pasaron algunos días del curso, y la confianza entre Carlos y yo era cada

vez mayor, sin querer sobrepasar en ningún momento el límite. Me sentía muy a gusto en su compañía con la tranquilidad de que, si bien sabía que él me miraba como mujer, nunca hizo ningún comentario sobre ello. En cierto modo, y aunque me llamáis loca, su actitud me hería en el orgullo por no ser capaz de despertar sus instintos. “Nunca te dejes llevar por tus instintos” recordé que me dijo un día; y tengo que admitir, que él se aplicaba su propio consejo de manera admirable.

Durante esa semana, nuestras conversaciones por MSN cada noche, se habían convertido en algo habitual. Los días que mi marido estaba en casa y no podía hablar con Carlos, daba vueltas por la casa como una loba. Me había hecho adicta a leer sus “buenas noches” en mi pantalla, antes de irme a la cama con mi marido.

Ese día en particular, me levanté un poco ansiosa porque la noche anterior me fue imposible hablar con Carlos por MSN, además de que el día anterior él no había ido al curso por motivos desconocidos. Me di cuenta que en cualquier momento podía perder el contacto con él y, ni siquiera, le había dado mi teléfono... A esas alturas, era estúpido negar que me sentía muy atraída por mi compañero de clase.

Llegué a clase casi una hora antes en el autobús urbano, como hacía cada día desde nuestra primera cita ante las protestas de mi marido, y vi la moto de Carlos aparcada en la puerta de la cafetería como en nuestra primera cita... Entré con una sonrisa de impaciencia para ver a Carlos sentado con Mabel en una de las mesas tomando café; en el fondo, creo que la presencia de mi amiga me sirvió de freno, porque de buena gana me habría lanzado a los brazos de Carlos, sin importarme las consecuencias.

- Vaya, Raquel, buenos días...- me saludó Mabel con un gesto simpático.

Al decir esa frase, Carlos se giró para verme pues no se había percatado de mi llegada; me encantó como le cambió la cara al verme, porque denotaba la misma ansiedad que yo tenía. No dijo una sola palabra, pero al cruzarse su mirada con la mía hubo una química que me hizo estremecer. Y es que nos habíamos acostumbrado a vernos todos los días, excepto los fines de semana, y se nos hacía extraño el faltar algún día a la cita.

- Te pediré un café, ¿vale?- dijo Carlos muy amable, levantándose de la silla y dejándome su sitio, mientras se dirigía a la barra de la cafetería.

- Sí, por favor... Sólo con hielo, ¿vale?- le agradecí, levantando él su dedo pulgar como signo de confirmación.

- ¿Y bien...?- me preguntó Mabel al quedarnos a solas.

- Y bien, ¿qué?- dije con una sonrisa por sabía por donde iban los tiros.

- Mira, no es el momento de hablar, porque Carlos está aquí, pero esta tarde te llamaré y nos vamos de compras. Tenemos que ponernos al día de tus avances.

Asentí con un gesto cómplice, mientras Carlos llegaba a la mesa con mi café sólo en una mano y en la otra la copa con hielo.

- ¿De qué hablabais?- preguntó él, interesado por seguir nuestra conversación.

- De nada...- disimuló Mabel.- Estaba quedando con Raquel para ir de compras esta tarde. ¿Por qué no te vienes?

Yo la miré sorprendida porque si una de las causas por las íbamos a quedar era para charlar las dos a solas sobre Carlos, veía absurdo invitarlo a que viniera con nosotras; pero también sabía que Mabel no daba puntada sin hilo, así que le seguí la corriente esperando la respuesta de nuestro amigo.

- Lo... Lo siento, pero tengo un compromiso esta tarde...- dijo algo nervioso lo que me extrañó mucho porque nunca lo había visto a la defensiva.

- Bueno, no pasa nada... Otro día será...- dijo Mabel mientras me golpeaba por debajo de la mesa, para que estuviera atenta a su actitud.

Terminamos de tomarnos el café, cambiando de tema para que Carlos se sintiera más cómodo, puesto que había algo que le preocupaba y no sabía adivinar lo que era. Poco a poco, se fue tranquilizando y volviendo a ser el de siempre, pero había creado una honda preocupación en mí.

La clase pasó entre explicaciones sobre estrategias de marketing y miradas entre nosotros como si tratáramos decirnos algo; en un momento dado, me sonrió y me guiñó un ojo, lo que me tranquilizó un poco pero estaba deseando de estar a solas con él para que me contara lo que le pasaba. Pero unos minutos antes de que acabara la clase, sonó su teléfono móvil y, pidiendo disculpas al profesor, recogió sus cosas y salió del aula.

Yo no pude evitarlo y me levanté para ir detrás suya hacían el exterior de la

clase; cuando salí, Carlos ya no estaba en el pasillo... Se me estaba yendo todo de las manos, algo gordo tenía que pasarle porque no tenía ningún sentido su cambio de actitud. No podía decir que me había utilizado y aprovechado de mí, porque entre nosotros no había pasado nada, así que me resigné a esperar a ver si esa noche se conectaba para charlar con él.

Me había quedado sentada en un banco del pasillo hasta que acabó la clase y Mabel sacó mis cosas, dándome un beso en la mejilla.

- Toma, aquí tienes tus cosas. ¡Ah! Ha sonado tu móvil hace un momento.- dijo con cariño y atusándome el pelo.

Con desidia, abrí mi bolso para sacar el teléfono móvil y ver un mensaje recibido de un número desconocido; lo abrí con curiosidad:

“Siento mucho haberme marchado así. Tenía ganas de hablar contigo, perdóname, pero tengo un problemilla con el trabajo, nada grave... Esta noche te espero. Un beso. Carlos”

No puedo decir que el mensaje me tranquilizara, pero al menos me demostró que el problema no era conmigo; ¿a quien quería engañar? No era tan egoísta como para no preocuparme, a pesar que no fuera problema mío.

- Lo siento, yo le di tu teléfono...- dijo Mabel, y cogiéndome del brazo para impedir que llamara a Carlos.- No lo llames, Raquel...

- ¿Tú sabes lo que le pasa?- dije preocupada y mirando a los ojos a mi compañera.

- No me ha querido decir nada durante el desayuno; pero creo que está preocupado por algo, pero no es por ti.

- ¿Cómo lo sabes?- dije interrogando a Mabel.

- Joder, pues por cómo te ha mirado al llegar; cómo habla de ti y cómo me ha preguntado si ayer preguntaste por él...

- ¿Y qué le has dicho?

- ¿Qué querías que le dijera? ¡Pues la verdad!- musitó Mabel, bajando la voz para que no nos oyeran los demás.- Que estuviste toda la mañanita, dando por culo preguntando por él a todos los compañeros.

- ¿Y por qué le dijiste eso? ¡Por dios!- gemí un poco asustada por la impresión que Carlos tendría de mí.

- No seas tonta, Raquel... Estás loca por él. Hace tiempo que habéis pasado el límite del juego de seducción para tener algo más fuerte entre vosotros...

- Pe...Pero yo estoy casada y no p...

- ¿Eso me lo dices a mí? ¿O tratas de auto convencerte?- me cortó mi amiga.- No sé como estarán las cosas en tu casa, pero la gente tiende a buscar fuera lo que no tiene en casa.

- Yo... Yo nunca le he sido infiel a ninguna de mis parejas...

- Bueno, mira no pienses en nada malo. Ahora vete a casa y descansa; esta tarde te llamo y nos vamos de compras... Que eso siempre anima, ¿no?

- Vale...

- Anda, corre... ¡Que vas a perder el autobús!

Subí al autobús tras darle un beso en la mejilla a Mabel; la verdad que no recordaba cuando tiempo hacía que no tenía una amiga con la que pudiera hablar de mis preocupaciones. Y es que las amistades, que había conocido con mi marido en sus fiestas de sociedad, sólo hablaban de joyas, coches, viajes, tratamientos de estética y otras cosas superficiales. Así que, en menos de dos semanas, había encontrado tanto una amiga con la que desahogarme como un hombre que había hecho temblar los cimientos de mi matrimonio.

Llegué a mi casa y me sorprendí de ver el coche de mi marido aparcado en la puerta, puesto que los viernes solía tardar bastante más por las reuniones de la Junta Directiva. Abrí la puerta con cuidado y dejé la carpeta y me bolso en el lujoso hall.

- Javi, ¿estás aquí?- pregunté

- Sí, cariño... Estoy haciendo las maletas, que salgo de viaje dentro de tres horas; ha surgido un imprevista en la oficina de Barcelona y tengo que ir sin falta...

- Vaya, ¿y es mucho tiempo?- dije preocupada, porque una cosa es que las cosas fueran regular con él y otra que me gustara que estuviera fuera.

- No, no sólo el fin de semana...- me dijo mientras doblaba fatal una de sus camisas para meterla en la maleta.

- Anda, déjame a mí; que vas a llegar a Barcelona mañana y con la ropa

hecha un asco.- le reñí quitándole otra prenda de sus manazas.

- Muchas gracias, cariño...- me dijo dándome un beso en el cuello desde atrás.- Mientras me voy a dar una ducha. ¿vale?

- Sí, mejor... Así ahorras tiempo que vas a perder el avión...

Javier se metió en el baño y segundos después escuché el agua de la ducha caer; yo me afanaba en organizar aquella desastrosa maleta, pero decidí sacar toda la ropa y empezar de nuevo. Al quitar la ropa para organizarla mejor, me encontré en el fondo de la maleta un teléfono móvil, que no era el de mi marido. Me extrañé muchísimo y lo cogí con desconfianza.

Abrí la agenda y no había nada más que un nombre guardado, ponía "Su". En un principio pensé que sería un teléfono de empresa, pero observé que el buzón de mensajes estaba lleno... Sé que quizás no debía de haberlo hecho pero la curiosidad me pudo.

"Me encantó la noche que pasamos en Mallorca..."; "No puedo aguantar sin verte otra noche..."; "Tenemos que tener cuidado, Raquel puede sospechar algo..." "¿Cuándo volvemos a la isla...?". Eran algunos de los mensajes que se intercambiaba con aquella desconocida. Sin poder creérmelo, y mientras seguía escuchando el agua de la ducha caer, busqué en su cartera de mano el sobre con el billete hasta que lo encontré. *"Aeropuerto Internacional Son Sant Joan. Palma de Mallorca"*.

Todo encajaba ahora; el aumento de sus reuniones en los últimos meses, los continuos viajes, su desgana en el terreno sexual conmigo... ¡Javier me estaba siendo infiel! En ese momento no puedo decir que me pusiera celosa, ni histérica porque estaba en shock. Yo preocupaba por el acercamiento que tenía con Carlos y este hijo de puta estaba liado con otra mujer... Respiré hondo y creo que, por una vez, apliqué perfectamente el consejo de Carlos de no dejarse llevar por los instintos.

Porque mi instinto me decía que entrara en el baño y echara un secador enchufado dentro de la ducha para freírlo... Pero, como ya he dicho, la imagen que venía a mi cabeza era Carlos. Y decidí razonar fríamente y dejar pasar por hoy la pelea. Que Javier se fuera a Mallorca con esa furcia que yo iría a por Carlos, porque ahora ninguna objeción moral me lo impedía.

Tenía un fin de semana para mí sola y pensaba aprovecharlo, y ya habría

tiempo de plantearle el divorcio a este mal nacido. Me sentía humillada por haber sido engañada, cuando le había entregado toda mi vida por sus estúpidos amigos.

Coloqué las cosas de nuevo como estaban, para no levantar sospechas, y justo cuando Javier salía de la ducha, yo estaba cerrando la maleta.

- Vaya, que rápida eres, cariño... Muchas gracias.- me dijo el desgraciado dándome un beso en la mejilla.

- Bueno, cuanto antes te vayas, antes vuelves, ¿no?

- Jajaja, ojala fuera así de fácil, pero ya sabes lo que son los negocios, veremos a ver si no se alargan más días.

¡Qué hijo de puta! Pensaba yo...

- Bueno, ahora voy yo a darme la ducha, ¿vale?- dije mientras comenzaba a desnudarme delante de él.

- Muy bien, yo voy a ir llamando al taxi; dame un beso por si cuando salgas ya no estoy...- me dijo con una sonrisa de autosuficiencia en la cara. ¡Si él supiera que lo sabía todo!

Me acerqué con mi cuerpo desnudo y le besé en los labios, muy suave... Fue como un beso de Judas, porque me supo a hiel pura.

- No trabajes mucho y tráeme algún recuerdo de Barcelona, ¿vale?- dije con sorna para ponerlo en un compromiso.

- Anda, vete a la ducha.- dijo dándome un azote en el culo desnudo.- Ya sabes que apenas tengo tiempo de salir a hacer turismo, pero lo intentaré...

Me metí en el cuarto de baño y cerré la puerta; tuve que hacer un esfuerzo para no gritar de rabia pero, de nuevo, me controlé. Mi marido se iba y yo tenía un fin de semana para conseguir mi objetivo: seducir a Carlos...

Cuando salí de la ducha me eché en la cama, totalmente desnuda para dar una cabezada. Mi marido ya se había marchado y yo ni siquiera recordaba que no había almorzado nada. Supongo que la tensión provocada con el descubrimiento de mis cuernos, me habían quitado el apetito... Me quedé dormida a los pocos minutos.

Me desperté unas dos horas después sobresaltada por el sonido incesante de mi teléfono móvil. Miré la pantalla, estando un poco adormilada, para ver que

era mi amiga Mabel.

- Dime...- dije con una reconocible voz de sueño.

- *No me digas que estabas dormida, jajaja...*- rió ella al otro lado del auricular.

- Bueno, sí... Pero ya estoy duchada y todo. Cuando tú me digas quedamos...

- *Vaya, que cambio de actitud respecto a esta mañana, ¿no? ¿Has tomado vitaminas?*

- Ya te contaré cuando quedemos; que te vas a caer te culo...

- *¿Ah sí? Pues quedamos dentro de una hora, ¡que son ya las seis de la tarde!*

- Vale, vale... Lo que tarde en vestirme, ¿dónde quedamos?

- En la puerta principal de Zara, y ya desde allí decidimos donde vamos...

- Perfecto, ahora nos vemos. Adiós.- dije cortando la comunicación.

Me levanté muy descansada y cómoda al estar totalmente desnuda; abrí las puertas dobles del vestidor y decidí que me iba a vestir de forma provocativa porque tenía ganas de demostrarme que mi cuerpo valía la pena enseñarlo. Camisa blanca semitransparente, mostrando un sujetador negro, y una mini falda vaquera con unas sandalias romanas.

Salí de mi casa y esta vez cogí el coche que me había regalado mi marido para llegar con tiempo. Aparqué en un parking público de la zona comercial del centro y me dirigí hacia el lugar donde había quedado con Mabel. Veía a algún que otro hombre girarse para mirarme y eso me llenaba de orgullo.

- ¡Raquel!.- escuché la voz de Mabel desde la puerta de la tienda en la que habíamos quedado.

Me acerqué al lugar de donde provenía la voz hasta que la encontré.

- Hola, nena...- me saludó dándome dos besos en las mejillas.- ¿Por dónde empezamos?

- Por tomarnos una cerveza que tengo muchas cosas que contarte...

- Huy, compras y chismes... ¿Dónde has estado el resto de mi vida?- dijo

riendo y cogida de mi brazo en dirección al primer bar que encontramos.

Nos sentamos en una mesa de la terraza con nuestras cervezas frías en la mesa y las miradas de muchos de los hombres, que esperaban a que sus mujeres acabaran de comprar, clavadas en nosotras.

- Bueno, a ver... ¿Me notas algo en la cabeza?- dije con una naturalidad que hasta me sorprendió a mi misma.

- Pues... Llevas el mismo peinado de siempre y no llevas esa coleta que siempre llevas en clase... No sé... ¿El qué tengo que notar?

- Pues digamos que hace unas horas que he estrenado unos cuernos en mi cabeza...

- ¿QUÉEEEE?- gritó mi amiga levantándose de la silla y acaparando las miradas de la terraza entera.

- Siéntate, por dios, y te lo cuento...- dije cogiéndola del brazo para hacerla sentar.

- Pero... Pero, o sea... Tu maridito tenía una aventura... Madre mía. Te lo dije, ¿a qué sí?- parloteaba apresuradamente mi amiga, que trataba de decir todo lo que pensaba de una sola vez.- ¿Cómo ha sido? ¿Te lo ha contado él?

- Si me dejas hablar, te lo podré contar...- reí dejando perpleja a Mabel por la forma en la que me había tomado la infidelidad de mi marido.

- Vale, vale... Me callo y escucho.- dijo apoyando los codos en la mesa y poniendo un gesto de total atención a mis palabras.

Le di un sorbo a mi cerveza, tomándome mi tiempo y, sonriendo ante la mirada que me echaba Mabel. Quizás era la mujer más rara del mundo pero me gustaba la sensación de tranquilidad que me daba el hecho de que mi marido estuviera con otra. Absurdo, ¿verdad?

Le conté todo a mi amiga, que escuchaba cada una de mis palabras con cambios de humor: cómo descubrí el teléfono móvil con los mensajes de esa tal "Su", cómo hablaban de su nidito de amor en Mallorca y cómo encontré los billetes con destino a la isla, en lugar de a Barcelona como él me había dicho. Mabel no entendía como pude reaccionar con tanta frialdad y sosiego sin confesarle a Javier lo que había descubierto.

- Yo lo habría despellejo vivo...- dijo mientras daba una palmada en la

mesa.

- A veces no puedes dejarte llevar por tus instintos.- contesté dándole otro sorbo a mi cerveza.

- ¿Pero que instintos, ni que instintos? O sea, te pone los cuernos tu marido; lo pillas con los billetes en la mano... ¿Y no le arrancas la cabeza?

- Bueno, supongo que he decidido analizar las cosas. Si le hubiera dicho algo, no se hubiera ido de viaje, cuando el mal ya estaba hecho.

- Claro, y mientras tú analizas las cosas, tu marido se está follando a otra en Mallorca...

- Pero eso ya lo ha hecho antes, ya no hay vuelta atrás; y así, tengo un fin de semana entero para preparar todo y dar rienda suelta a todo lo que llevo guardando últimamente...

- ¿Lo que te estás guardando últimamente? ¿Te refieres a Carlos?

Asentí mirándola a los ojos y esperando su alegría porque por fin le confesaba que estaba enamorada de Carlos y que sería capaz de dejarlo todo por él. Pero no fue eso lo que recibí de ella; me cogió de la mano muy suave y devolviéndome la mirada, comenzó a explicarme.

- Mira, Raquel... Sé que ahora, no ves las cosas con mucha claridad, pero no puedes lanzarte a los brazos de Carlos así como así. No lo puedes hacer participe de un divorcio sin saber lo que de verdad siente él por ti.

- Él ha llegado a confesarme que le gusto mucho...- traté de defenderme viendo como, quizás, mi amiga tenía razón.

- Pero “gustar mucho” no quiere decir “el resto de mi vida”, cariño. Eres una mujer joven y muy guapa, así permítete el lujo de darte una aventura sin más complicaciones...

- Bueno, yo no he dicho que vaya a casarme con él...

- Nena, sólo te digo que no te impliqués tanto; que vivas la vida. Por supuesto, métele unos buenos cuernos a tu marido... Y si es con Carlos, pues mejor. Pero sólo que tengas cuidado.

- Muchas gracias, Mabel... Hace dos semanas nunca hubiera imaginado que tendría tanta confianza contigo.

- Es que soy muy simpática y me hago querer.- bromeó Mabel levantándose de la silla y dejando el dinero de las cervezas sobre la mesa.- Y ahora, vamos de compras que vamos a parecer Julia Roberts en *Pretty Woman*... ¡Pero más putas!

Estuvimos cerca de tres horas de compras, en las que no me privé de nada para aprovechar las últimas ventajas de la tarjeta de crédito que Javier me daba para mis cosas... El polvo en Mallorca le iba a salir bien caro; negociar un divorcio ventajoso para mi sería bastante difícil con su legión de abogados, aunque la verdad su infidelidad estaba de mi parte. Pero a lo que no renunciaba era a todos los caprichos que me iba a permitir ese fin de semana, antes de que se desatara la tormenta.

Salimos de la zona comercial y nos dirigimos a mi coche para soltar todas las bolsas de compras; había logrado convencer a Mabel para quedarnos un rato a cenar y tomarnos una copa, puesto que ese fin de semana su hijo estaba con su ex marido. La verdad que, en contra de lo que pueda parecer, Mabel era muy casera y me costaba la misma vida mantenerla fuera de su casa.

- Vale, una cena y una sola copa, ¿de acuerdo? - dijo dejándose convencer por mis gestos de niña pequeña.- Desde luego, porque eres una cornuda y tengo que cuidarte si no... Jajaja.

- Vaya... Nunca había pensado que una infidelidad me sirviera de tanto.- bromeé agarrándome los supuestos cuernos que adornaban mi cabeza.- Vamos primero a tomar una copa que aún es temprano para comer...

Llegamos a otra de las zonas de terrazas de la zona comercial; me guiaba Mabel, puesto que yo, acostumbrada a los restaurantes de lujo donde me llevaba mi marido, no estaba muy acostumbrada a bares de copas ni de raciones de comida. Pero me di cuenta que yo pertenecía a ese mundo: al bullicio de la gente riendo en la puerta de los bares, al olor a fritanga que desprendían las cocinas, a niños que corrían entre las mesas jugando con lo primero que pillaban.

Uno de esos críos tropezó justo delante de nosotras y comenzó a llorar escandalosamente. Yo me apresuré a levantarlo del suelo y sacudirlo de la suciedad que manchaban sus pequeños pantalones vaqueros.

- Ya está, amor. No ha pasado nada.- le decía acariciándole la mejilla al

chico, de unos cinco años, que lloraba con amargura.

- ¡Adrián!.- escuché gritar a la madre, supongo, que se acercaba a nosotras corriendo alarmada por el llanto de su pequeño.- Muchas gracias...

Era una chica de mi edad, más o menos, con el pelo corto rubio y unos vaqueros y una blusa desabotonada. Me gustó mirarla por el hecho de ver a alguien de mi edad con su vida totalmente realizada cuando yo no había hecho sino empezar a reconstruir la mía.

- No es nada, sólo ha sido un rasguño, pero Adrián es un campeón y ya no le duele, ¿a que no?.- le dije, mientras el chico me sonreía con algunas lágrimas cayendo aún por sus mejillas.

- Anda vámonos... Dile adiós a tu amiga, Adri...- dijo la madre levantando a su hijo en brazos, que se despedía de nosotras lanzándonos besos con la mano.

Nos quedamos las dos observando como se alejaban entre las mesas, mientras seguía la madre mirando si su hijo había sufrido algún daño. Llegaron a su mesa y, entonces, se desató la tormenta; vi como, de la misma mesa, se levantaba Carlos que recogía al crío de los brazos de su madre mientras le besaba la frente; la chica cogía de la cintura a Carlos y parecía explicarle lo ocurrido, señalando en nuestra dirección.

En ese momento, Carlos dirigió la mirada hacía donde se señalaba su acompañante y nos vio allí de pie, Mabel distraída y yo de pie observándolo. Puedo asegurar que, a pesar de los casi cincuenta metros que nos separaban, pude ver como la cara de mi compañero de curso cambiaba de color a un blanco impoluto.

Cogí del brazo a Mabel y tiré de ella hacía el lado contrario, con un enfado monumental; y es que todo aquello que había imaginado en mi cabeza no había previsto esa situación: que Carlos estuviera también casado o que tuviera una familia... De hecho su reacción no ayudaba mucho a su defensa, por su nula capacidad de reacción.

- ¡Hey...! ¿Qué pasa?.- decía Mabel que casi cae al suelo por el tirón que di de su brazo.

- Nada, nos vamos...- dije muy enfadada.

- Pero, ¿por qué? Si tú querías quedarte...- preguntaba mi amiga que no

se había percatado de nada.

- Estaba ahí Carlos, pero no estaba solo... Iba con una mujer y con ese crío que se ha caído delante de nosotras.

- ¿Cómo? Jaja- rió Mabel por la esperpéntica situación.

- ¿Se puede saber de que te ríes?- dije algo molesta por su risa y parándome ya bastante lejos de Carlos y su familia.

- No puedes negar, que ya es casualidad, ¿no?- dijo sin dejar de reír.- Perdona hija, ya está... Además, más te vale relajarte, porque ahí viene Carlos...

- ¿Quéeee...?- dije mirando hacía atrás y viendo a Carlos acercándose a nosotras a paso ligero.- Vámonos...

Volví a coger a Mabel del brazo pero, antes de poder alejarnos, Carlos me sujetó del mío...

- Tenemos que hablar, Raquel...- dijo con tono serio mientras Mabel, que observaba la escena, se alejaba de nosotros para darnos intimidad.

Por un momento, sentí como si toda la calle se hubiera vuelto pequeña, y eso que no dejaba de pasar gente por nuestro lado; tengo que admitir que era rabia lo que sentía al tener a Carlos delante de mí. Pero, ¿de verdad tenía él culpa de algo? Porque la que me había hecho ilusiones era yo sola. Quizás sólo era un buen amigo que me había dado más confianza de la que yo acostumbraba a tener con otros hombres.

Puede que la culpa la tuviera esta asquerosa vida, que había hecho que mi marido me estuviera poniendo los cuernos, en ese mismo momento, en Mallorca y que el hombre por el que nada de eso me importaba, estuviera casado.

- No tienes por qué explicarme nada, Carlos...- dije, por fin, con gesto contrariado pero con un orgullo que me impedía mostrarme herida por él.

- Pero yo sí quiero explicarte...- dijo agarrándome del brazo y buscando mi mirada con sus ojos.

Busqué a Mabel con la mirada para pedir ayuda ante una situación que me

desbordaba; después, vi por encima del hombro de Carlos, como su mujer se aproximaba a nosotros con su hijo en brazos.

- Creo que no es ni el momento ni el lugar, Carlos -le dije señalando con la cabeza a la mujer que se aproximaba.

Aproveché el instante en el que Carlos miró hacía atrás para ver lo que le señalaba, para escabullirme cogiendo del brazo a Mabel, que se dejaba llevar sin rechistar. En pocos minutos, estábamos subiendo a mi coche en el parking sin decir una sola palabra; pero ya no aguanté más y rompí a llorar apoyada sobre el volante del coche.

- Te dije que no era buena idea, jugártelo todo a una carta... De todas formas, has prejuzgado a Carlos...- decía Mabel estrechándose contra su pecho y dándome un beso en la frente.

- ¿Cómo que lo he prejuzgado? Mabel, por dios, que estaba con su mujer y su hijo...- dije separándome de ella para mirarla con lágrimas en los ojos.

- Bueno, sí, me refiero a que la que ha catalogado a Carlos de opción duradera eres tú... Nada te hacía pensar que no buscara un rollo de una noche.

- Pero yo no quería un rollo de una noche, estoy casada y...

- Espera, espera... ¿Qué acabas de decir? ¿"Estoy"? Cariño, lo primero que tienes que tener claro es tu estado civil... Te recuerdo, aunque te duela, que tu maridito se estará follando a su amiguita en Mallorca en este momento.

Me quedé perpleja ante el comentario de Mabel, aunque sabía perfectamente que no lo hacía para dañarme, sino para hacerme reaccionar. Si por un cosa podía destacar mi amiga Mabel no era precisamente por su talante dialogante y su empatía.

- Mira, lamento ser tan dura, pero creo que has sufrido dos desengaños amorosos en menos de veinticuatro horas, Raquel... Y eso sólo se cura de una forma...

Yo seguía mirándole de forma incrédula, sin saber muy bien por donde iba a salir mi alocada compañera, aunque estaba dispuesta a hacerle caso a pies juntillas, porque me había demostrado tener razón en casi todo lo que había

vaticinado. Mabel buscó entre las bolsas de las compras que habíamos hecho, y que estaban sobre el asiento de atrás del coche, sacando un conjunto de ropa interior de encaje negro.

- ¡Fiesta!- gritó dentro del habitáculo del coche con una sonrisa de oreja a oreja.

Allí estaba yo, totalmente desnuda, saliendo de la ducha de Mabel. La idea de mi amiga para animarme, consistía en que me fuera a su casa a prepararnos juntas para salir a tomar algo, como dos quinceañeras.

- Vaya, desde luego nena que, con ese cuerpo cada vez me explico menos lo de tu marido.- dijo Mabel observando mi pecho desnudo que me tapé avergonzada.- Oh, vamos, no te preocupes... Todavía no está entre mis prioridades que me guste una mujer, jaja.

- No sé como me has convencido para esto...

- Pues, a ver, déjame analizar la situación... Estas un fin de semana sola en casa; tu marido está con otra mujer en una isla y tienes una mala hostia por todo el tiempo que te ha tenido engañada.

- Bueno... Quizás...- balbuceé.

- Y no me hagas hablar de Carlos, porque no quiero meterlo en esto...- me cortó Mabel, sabiendo donde pinchar para que yo explotará.

- Está bien... Tienes razón; saldremos a tomar algo pero no esperes que me acerque a ningún tío.

- Cariño, creo que no conoces las armas de mujer y , mucho menos, las debilidades de los hombres. Con dos chicas como nosotras no hará falta que nos acerquemos...- sonrió demostrando tener la situación totalmente controlada.

Preparó unas copas de ron con limón mientras nos probábamos distintos modelitos de lo que habíamos comprado. La rabia por todo lo ocurrido ese día

y el efecto del alcohol hacían que, poco a poco, me fuera mostrando más desinhibida. Estuvimos cerca de una hora y media para decidir que ponernos... Mabel se decidió por un vestido corto de color negro, que marcaba sus generosas caderas y un escote que quitaba el aliento; yo preferí una minifalda blanca, muy por encima de la rodilla, y una camisola ceñida que dejaba poco a la imaginación, al llevar casi toda la espalda al aire.

Decidimos coger un taxi, por si la noche se alargaba más de la cuenta y bebíamos alguna copa más de lo debido... Empecé a darme cuenta de los deseos que nuestros cuerpos despertaban en los hombres, por la mirada del taxista al subirnos; los ojos parecían que se le iban a salir de las orbitas, como en los dibujos animados.

Mabel me llevó a uno de los locales de moda, dado que yo llevaba tanto tiempo “retirada del mercado” como ella decía, no me parecía mala idea que ella eligiera los sitios. La verdad, el primer sitio al que llegamos tenía mucha clase; una especie de bar de copas irlandés con gente que rondaba la cuarentena, cosa que me gustaba porque lo que menos necesitaba en ese momento era una discoteca atestada de niños hormonados.

- Bueno, ¿quieres seguir con el ron con limón?- dijo Mabel acercándose a la barra mientras atraíamos las miradas de algunos hombres del bar.

- Sí, Javier siempre decía que no es bueno mezclar distintas bebidas.- dije muy seria mientras la seguía.

- Hola, guapo, ¿me pones dos chupitos de vodka?- pidió Mabel con voz melosa, inclinada sobre la barra, de forma que una buena parte de sus tetas quedaban a la vista del maduro camarero.

El hombre, vestido con camisa y chaleco, como un barman clásico sirvió aquellos dos pequeños vasos con el licor blanco. Mabel los recogió de la barra y se dio la vuelta para ofrecerme uno de ellos; yo la miré con gesto de asco al pensar en que no había hecho ni caso de lo de “no mezclar”.

- Mira, bonita... Cada vez que, durante esta noche, nombres a tu ex marido te vas a beber un chupito de estos... Así que tú verás...- dijo Mabel con una sonrisa en los labios y bebiéndose de un trago el contenido del vaso.

Yo, aguantando la respiración, me bebí también el vodka dejando el vasito vacío sobre la barra. Mabel miraba los gestos de mi cara y reía de mis reacciones. El resto de la noche la pasamos bailando, tomando copas y riendo; la verdad, que llevaba tiempo sin tomarme una noche para mí, y la experiencia me estaba sirviendo para demostrarme a mi misma que me quedaba mucha vida por delante.

No fueron pocos, los hombres que se nos acercaban con intención de invitarnos a una copa y buscando algo más, pero Mabel los rechazaba casi a todos diciendo que quedaba mucha noche por delante para tener que aguantar a ningún pelmazo al lado; en cierto sentido me sentía aliviada por su actitud porque si bien, puede que, la finalidad de aquella salida nocturna fuera encontrar a algún tío que me hiciera olvidar a Javier, yo no podía quitarme de la cabeza a Carlos.

- Creo que te vas a ganar otro chupito...- me dijo Mabel riendo.

- ¿Por qué? Si yo no he dicho nada...- dije tratando de defenderme de otro de esos brebajes que me daba mi amiga.

- No, pero por la cara que tienes, seguro que estás pensando en ello.

- *Touché* – dije simulando una estocada de esgrima.- Pero no es Javier, es Carlos...

- Vale, vale, pues eso sólo se arregla de una forma... Vamos a mandarle una dedicatoria.- dijo Mabel sacando el móvil de su bolso.

- ¿Pero qué dices?- protesté pero sonriendo ante la perspectiva de la idea.

- A ver, ¿confías en mí?- dijo mientras me apuntaba con la cámara del teléfono.

- ¿Debería?- sonreí con picardía.

Y es que sabía perfectamente que, por muy loca que fuera la idea que Mabel tuviera, siempre tenía una base de razón. Puede que fuera por el alcohol que había ingerido a esas alturas de la noche, no siendo más de la una de la madrugada, pero estaba dispuesta a dejarme llevar por mi alocada amiga.

- Ponte en una pose atractiva, que tienes que ponerle los dientes largos a Carlitos, jaja.

No sabía muy bien lo que pretendía ni a lo que se refería pero, cruzando las piernas y dejando casi todos mis muslos desnudos a la vista; sonreí ante la mirada de asombro de uno de los hombres que estaban a la espalda de Mabel, observando la escena.

- Ahora lanza un beso con tu mano a la cámara con la mejor de tus sonrisas, ¿de acuerdo? - exigió Mabel.

- Creo que estás como una cabra, jaja.- dije poco convencida pero haciéndole caso a pies juntillas.

- Perfecto...- dijo Mabel tras hacer la foto y observando el resultado.

Me senté a su lado para ver la foto en la pantalla del móvil; el resultado me sorprendió, porque no sabía que podía parecer tan zorra en una foto... Como dije antes, mis muslos estaban totalmente a la vista, al haberse subido la minifalda al cruzar las piernas; pero también se veía una buena porción de mi escote al haberme inclinado hacía delante para hacer el gesto sensual de lanzar el beso a la cámara.

- ¡Por dios!, ¿qué piensas hacer con esa foto?

- Mandársela a Carlos, ya te lo he dicho, ¿no? - dijo mi amiga dándome un beso en la mejilla.

- Pero, no quiero que piense que acepto que me haya engañado...

- Cariño, calla y observa...- dijo Mabel tocando las teclas del móvil.- Añadir mensaje...

Yo estaba atenta a lo que ella escribía con una rapidez propia de una adolescente acostumbrada a mandar mil mensajes al día.

“Hola Carlos, soy Raquel. Siento mucho cómo me he puesto antes, pero no he tenido un buen día... Nos vemos el lunes, ¿vale? Un beso, guapo.”

- Pero, ¿qué haces? - protesté débilmente, pero imaginando la cara que pondría mi compañero de curso al recibir la foto.

- Mira, yo no me meto en las decisiones que tomes, pero aún

te queda mucho que aprender en el arte de jugar con los hombres; no te puedes hacer la herida a las primeras de cambio... Eres tú la que debes cortar o dar alas, no dejarte amilanar por las circunstancias.

- Madre mía, Mabel...

- Jajaja, sí cariño; creo que el ron me pone filosófica...- bromeó Mabel ante mi reacción.- Pero sólo trato de hacerte entender que Carlos es un hombre que merece la pena conocerlo, independientemente de a lo que llegues con él...

Me quedé pensativa mirando el mensaje en la pantalla del móvil y analizando el consejo que mi amiga me había dado; la verdad es que, en las últimas horas, había visto como me había ido la vida por no dejarme llevar...

- Mándalo...- dije mirándola a los ojos, mientras levantaba la copa para brindar con ella.

- ¡Esta es mi niña!- gritó Mabel mientras daba al botón de envío de su teléfono y levantaba la copa para brindar conmigo.- Y ahora... ¡Por nosotras!

Ese brindis fue el primero de otra buena serie de copas durante la siguiente hora, esta vez aceptando invitaciones de algunos de aquellos hombres, que buscaban cualquier excusa para rozarse con nosotras; Mabel y yo nos reíamos por los burdos intentos de algunos de ellos por llevarnos a un lugar apartado; ¡ofrecían hasta dinero!, lo que lejos de molestarme me hacía más gracias todavía.

Con el ambiente bastante caldeado ya, alguien me cogió de la cintura y me subió a una mesa para que bailara; yo estaba un poco cortada a pesar de que el ron me tenía bastante desinhibida, pero al ver como subieron a Mabel a mi lado, y como ella empezaba a bailar de forma provocativa, no me lo pensé.

Aquello se nos estaba yendo de las manos y mientras bailábamos, los chiflidos y los piropos subidos de tono, hacían que aquello pareciera un club de strip-tease. De hecho, debido a la poca longitud de mi falda, no podía descartar que los hombres que estaban justo debajo de mí, estuvieran viendo algo más de lo debido... Pero bueno, era mi noche y tampoco estaba haciendo nada malo.

Justo pasados unos minutos, dos hombres un poco más jóvenes que el resto se puso debajo y empezó a calentarse demasiado el ambiente, haciendo que me

sintiera algo incomoda. Mabel, que notaba la misma sensación, bajó inmediatamente de la mesa. Pero cuando estaba a punto de bajar de la misma, pude ver algo que me dejó de piedra... Carlos estaba allí al fondo del pub, observando la escena, apoyado en la barra, tan guapo como siempre, con una camisa blanca y su pelo engominado; tenía gesto serio como si no le gustara lo que estaba viendo. ¿Celos?, pues se iba a enterar...

Me incorporé de nuevo en la mesa y comencé a bailar de forma más provocativa aún, sin dejar de mirar a Carlos, mientras mis oídos se llenaban de las barbaridades que me decían mis acompañantes y admiradores. Mabel me miraba sorprendida pero sonriendo, supongo que porque también había visto a Carlos, y sabía perfectamente lo que yo pretendía.

Pero, a veces, las cosas no salen como una planea y, las palabras soeces de mis admiradores, dieron paso al sobeteo de mis piernas desnudas lo que empezó a asustarme.

- Por favor, tocar no...- decía un poco temerosa por el camino que estaban tomando las cosas.

- Anda, zorrita... Si se nota que te gusta provocar.- dijo uno de los hombres, bastante borracho, mientras me agarraba de un tobillo haciendo casi caer, y con una de sus manos perdida ya bajo mi falda.

En el momento que estaba casi a punto de caer, vi como ese hombre desaparecía de mi lado al volar por los aires y caer al suelo estrepitosamente... El compañero del alcoholizado acosador se giró desafiante ante el agresor de su amigo; pero Carlos, con gesto enfadado, cogió de la camiseta al hombre y casi lo levantó dos palmos del suelo, provocando que saliera corriendo despavorido.

Después sin cruzar una sola palabra conmigo, me cogió de las piernas y echándome sobre su hombro, como si fuera un saco de patadas, se abrió paso entre la multitud... Yo pataleaba, como respuesta al tratamiento que Carlos me dispensaba, aunque sabía que lo hacía para sacarme de aquel embrollo en el que me había metido yo sola.

- ¡Suéltame!- le gritaba mientras no dejaba de patalear y veía la discoteca boca abajo, al tenerme sobre su espalda.

Sus manos me agarraban de las piernas, mientras una de ellas agarraba mi

culo, más por evitar que mi minifalda se alzara más de la cuenta que por tener un contacto conmigo. Una vez fuera del bullicio y cerca de la puerta de salida, me soltó en el suelo; en ese momento, uno de los camareros del bar se acercó a Carlos con gesto agresivo pero Mabel se interpuso.

- Tranquilo, guapo... Es amigo nuestro, la culpa ha sido de aquellos dos...- dijo señalando a los dos acosadores que estaban en un lado del pub.

- Entonces, ¿todo bien?- volvió a asegurarse el camarero.

- Si, de verdad, todo bien... Ya nos vamos.- sonrió Mabel, para convencer al camarero que no dejaba de mirar a Carlos.

En ese momento, entre el mareo por el brusco movimiento desde la mesa donde estaba subida hasta el hombro de Carlos, la bebida consumida y el estrés la situación, noté que todo me daba vueltas y las rodillas se me aflojaban... Antes de caer al suelo, recuerdo escuchar la voz de Mabel.

- ¡Cuidado!- gritó mientras trataba de agarrarme, pero noté los fuertes brazos de Carlos sujetándome de nuevo, antes de perder por completo el conocimiento.

Después no recuerdo nada más por un buen rato; comencé a despertar y aún estaba acurrucada en los brazos de Carlos, pero estaba en un lugar conocido: ¡mi casa! Mi acompañante cerraba la puerta de la entrada con el talón mientras yo, con mis brazos alrededor de su cuello me dejaba llevar.

- Raquel, despierta...- podía escuchar su voz entre la nebulosa que era mi mente en ese momento.- ¿Dónde está tu habitación? Te voy a dejar en tu cama, ¿vale?

- Arriba... La puerta del fondo.- le indiqué señalando las escaleras.

En ese instante no me importaba nada lo que ocurriera esa noche, sólo sentía que estaba a salvo en los brazos de Carlos y que, por primera vez en mucho tiempo, había encontrado un lugar donde poder relajarme. Subió las escaleras muy despacio, llevándome aún pegada a su pecho, a pesar de que yo estaba ya bastante repuesta del mareo, pero no de los efectos de la borrachera.

Entramos en mi habitación, la misma donde esa misma tarde había descubierto la infidelidad de mi marido, pero vuelvo a repetir que no me importaba nada

excepto sentir a Carlos junto a mí. Me dejó de forma delicada sobre la cama y se sentó a mi lado, acariciándome el flequillo para despejarme la frente. Me miraba fijamente a los ojos y con gesto serio.

- Gracias por venir a buscarme pero, ¿cómo sabías donde estaba?- dije tumbada en mi cama y poniendo las piernas sobre su regazo.

- Siendo un poco observador se pueden averiguar muchas cosas.- contestó sacando su móvil del bolsillo.

Tras unos segundos buscando en la memoria de su móvil, me enseñó la foto que le habíamos mandado desde el pub; amplió un poco la foto y me mostró que detrás de mí había salido también un rótulo con el nombre del bar que había en la pared: D'oneghan Irish Pub.

- Siento el espectáculo, Carlos...- dije un poco compungida, mientras el jugaba con mis pies y me quitaba las botas altas que llevaba puestas.

- Tenía que hablar contigo, tengo que explicarme...

- No, por favor, hoy no quiero explicaciones ningunas, ¿vale?- le corté y, en un gesto que hoy día me sorprende a mi misma, lo agarré del brazo y lo atraje hacía mí.

Nuestros labios se unieron, por primera vez, en un tímido beso; un beso suave pero lleno de sentimiento, mientras mis brazos rodeaban su cuello... Pero, sin esperar su reacción, Carlos se levantó de la cama y se alejó de mí dándome la espalda, parándose junto a la puerta del dormitorio.

- Mejor me marchó, Raquel... No creo que sea el momento de hacer esto.- dijo con una voz grave sin atrever a mirarme.

Pero yo no estaba dispuesta a que esta vez la vida me quitara la oportunidad de ser feliz, al menos por una noche... Quizás fuera un poco egoísta, pero no me importaba que estuviera casado, que tuviera un hijo o los posibles remordimientos que tuviera al día siguiente; supongo que el alcohol que circulaba por mi sangre, tenía mucho que ver con esta actitud despreocupada.

Ni corta ni perezosa me saqué la camisola por encima de la cabeza, mientras me ponía de rodillas sobre la cama... El sujetador de encaje negro, que dejaba poco a la imaginación, marcaba mis grandes pechos, mientras Carlos seguía dándome la espalda.

- Carlos...- lo llamé haciendo que se diera la vuelta y sus ojos casi se le salieran de las orbitas.- Creo que hay momentos en los que uno debe dejarse llevar por los instintos; y, créeme, este es uno de esos momentos.

Con un gesto de mi dedo le decía que se acercara a mí y parecía que tenía un efecto hipnotizador, porque mi compañero abandonó su desidia para abalanzarse sobre mí cayendo los dos sobre la cama.

Esta vez sí, comenzamos a besarnos con deseo, con su lengua dentro de mi boca y sus manos acariciando mi espalda. Yo estaba un poco sorprendida por el cambio de actitud de Carlos, pero encantada con su reacción; agarrada de su cuello, seguía recibiendo esos húmedos besos que pasaron de mi boca a mi cuello haciéndome gemir por la impresión... Antes de que me diera cuenta mi sujetador había caído sobre las sábanas, sin notar cuando abrió el cierre.

- Vaya, parece que esto se te da bien, ¿no?- dije sonriendo y apartándolo de mí para mirarlo.

- Prohibido hablar... Sólo siente...- me dijo con una suave voz que hizo que la piel se me erizara.

Sus labios rodearon uno de mis pechos, jugando con su lengua en él. Yo acariciaba su pelo mientras, como él decía, me limitaba a sentir las sensaciones de tener en mi cama un hombre mucho más activo que yo. Empezó a bajar desde mis pechos, sin dejar de amasarlos con sus fuertes manos, besándome el ombligo y el monte de Venus sobre la fina tela del tanga de encaje.

- Car... Carlos...- lo llamé al notar como levantaba mis piernas para sacarme el la intima prenda por lo tobillos.

- Chistt... Calla...- volvió a susurrar, comiéndome a besos la parte interna de mis muslos que lo esperaban abiertos.

Con una delicadeza a lo que no estaba acostumbrada, acarició mi sexo y casi me vuelvo loca cuando noté, por primera vez su lengua en mi coñito.

- ¡Dioooooos...!- dejé escapar de mi boca mientras cerraba los ojos con fuerza.

Su boca jugaba con mis labios mayores, mientras con su lengua daba golpecitos en mi clítoris que me hacían retorcerme como una serpiente. Yo me limitaba a suspirar y a acariciar sus fuertes hombros, sintiendo como Carlos

me comía el coñito y me agarraba con fuerza por las caderas.

Quizás fuera por el alcohol o por lo deseado del momento –puede que las dos cosas-, pero un devastador orgasmo comenzó a formarse en mis ovarios; sentía como me quemaba por dentro, a la vez que Carlos subía el ritmo de su lengua en mi sexo.

- Me voy a correr... ¡Dios, qué bueno...! – decía una y otra vez, cuando pocas veces había usado yo ese lenguaje ni siquiera con mi marido.

Fue avisarlo y Carlos volverse loco dando pequeños mordisquitos en mi sexo; un gran gemido le anunció que me estaba corriendo pero él, en ningún momento eso además alguno de retirarse, dejando que me corriera en su boca... Me dejé caer relajada y exhausta sobre la cama, mientras mi cuerpo temblaba; todo el nerviosismo de la noche había desaparecido y, sin poder evitarlo, cerré los ojos, quedándome dormida...

Me desperté al día siguiente, totalmente desnuda en mi habitación. Estaba sola... Llegué a pensar que todo había sido un sueño, pero algo llamó la atención en la mesilla de al lado de la cama; era una nota de Carlos que, al menos me dejaba claro que no me lo había imaginado.

“Lo siento, pero lo mejor era que yo no estuviera cuando te despertaras. Un beso, hasta siempre...” La verdad no era el mensaje que esperaba tras la noche que me había hecho pasar; además, ¿*“hasta siempre”*? cada vez entendía menos a este hombre y sus remordimientos... Porque en contra de lo que yo creía, me había tomado esa noche como un regalo, no como el principio de nada y, como mujer que era, sabía que tarde o temprano volvería a verlo.

Me estaba poniendo la ropa interior cuando sonó mi teléfono móvil; me abalancé sobre él, esperando que fuera Carlos que me explicara ese apocalíptico mensaje. Pero no, la pantalla del móvil mostraba el nombre de mi marido parpadeando... Me tocó tragar saliva y hacer el papel de esposa deseosa de recibir noticias de su marido. Y es que, no había motivos para montar un espectáculo por teléfono; ya hablaríamos cuando volviera a la ciudad.

- ¿Sí? ¿Javier?- dijo con voz ronca por acabar de despertarme.

- *Raquel, ¿estás despierta?*- escuche la voz de mi marido, menos cariñoso que de costumbre; pero claro si su amante estaba a su lado no creo que él me fuera a tratar con dulzura.

- Sí, cariño...- dijo de forma totalmente falsa.- ¿Todo bien por Barcelona?

- *No estoy en Barcelona... Estoy aquí, al final he vuelto esta mañana.*- dijo muy serio.- *Quiero que vengas a mis oficinas necesito que leas unos contratos que tienes que firmar de forma urgente.*

- ¿Urgente?, ¿pasa algo, Javier?- le pregunté porque, aunque era normal que yo firmara algunos contratos, porque algunas de sus acciones estaban puestas a mi nombre, nunca me había hecho ir a sus oficinas.

- *No te preocupes, es que tengo que salir después otra vez de viaje y así me ahorro tener que llevar allí todos los papeles. ¿Cuánto tardarías en estar aquí?*

- No sé, Javi... Media hora; lo que tarde en darme una ducha e ir en coche hasta allí.

- *Esta bien, aquí te espero...*- dijo secamente y colgó.

Me metí en la ducha, pensando en la extraña actitud de mi marido. Quizás había notado que había visto su móvil y quería confesarme todo; o, simplemente, era verdad que pretendía que firmara unos papeles antes de afrontar el divorcio, para que yo no me quedara con nada de sus empresas... Pero si ese fuera el caso, es que no sabía que yo lo sabía todo, y no estaba dispuesta a firmar ningún papel que me hiciera renunciar a ninguna de aquellas jugosas acciones en empresas de primer nivel.

Salí de casa, cerca de una hora después, y me subí en mi coche para dirigirme a las oficinas de mi marido. Al llegar, el guarda de la entrada me abrió sin preguntar al reconocer la matrícula del coche. Entré en el gran complejo de oficinas y subí hasta la planta donde se encontraba el amplio despacho de Javier.

Justo antes de entrar, observé a su secretaria que me saludó muy contenta. ¿Podría ella ser la enigmática “Su”? En ese momento me di cuenta lo poco que me importaba ya mi marido, porque los pocos celos y rabia que sentía el día anterior ya no existían tras la noche que había pasado con Carlos... Pero ese

era otro problema que tendría que afrontar después, lo primero era dejar las claras con mi maridito.

- Buenos días, señora Raquel.- me saludó Antonio, el asistente de mi marido, que estaba en aquella gran sala de juntas.

- Hola, Antonio.- dije educadamente sin quitar la vista de mi marido, que ni siquiera había reparado en mí, enfrascado en un montón de documentos.- Cariño, ya estoy aquí...

- Muchas gracias, amor... Perdona por estar tan distraído, es que con tanto papeleo no sé donde tengo la cabeza.- dijo levantándose y acercándose a mí.

- ¿Podemos hablar a solas?- le dije tras recibir un repugnante beso suyo en los labios y sin poder aguantar más la falsa.

- Sabes que Antonio Suárez es de total confianza...- dijo cogiéndome de la mano mientras me daba un bolígrafo para firmar los documentos.

- No quiero molestar... Si quieren los dejo solos, estaré en la sala de espera.- dijo Antonio, dirigiéndose a la puerta.

- No, Su... He dicho que te quedas, tendrás que revisar los documentos.

¿*Su*? ¿Había dicho *Su*? No me lo podía creer... ¡Claro! Antonio *Suarez*... Mi marido me estaba siendo infiel con un hombre. ¡Dios mío! No sé si me sentía aliviada u ofendida. Porque el hecho de que Javier se sintiera atraído por hombres, explicaba el poco deseo sexual que yo despertaba en él. Pero no pude evitar una sonrisa...

- ¿De que te ríes, Raquel?- dijo mi marido sin saber muy bien el sentido de mi gesto.

- Nada, nada... Pero que se quede si quiere... Iba a hablarte de Mallorca pero, como bien dices, Antonio también puede estar delante...

Me gustaría poder haber grabado en ese momento la cara de los dos amantes, al sentirse descubiertos; porque mi marido adoptó una actitud más orgullosa, pero su asistente se dejó caer sobre una silla.

- ¡Vaya!, parece que sabes más de lo que yo creía.- dijo

cruzándose de brazos.

- Sí, resulta que no soy la niña tonta que creías... Y pretendías hacerme firmar esos documentos para cubrirte las espaldas, en caso de querer dejarme.- dije indignada y desafiante.

- Sabes perfectamente que esas acciones no son tuyas...

- En el Centro Nacional del Mercado de Valores pone que sí, ¿verdad? - dije muy segura de mí misma.

El enfado de Javier iba en aumento y se alejó de mí para volver al sillón presidencial que encabezaba aquella gigantesca mesa de juntas.

- Parece que traes la lección muy aprendida, ¿no? - dijo Javier mirándome a los ojos.

- He estado casada con un importante hombre de negocios; algo habré aprendido.

Antonio seguía sentado, casi hundido en el respaldo de uno de los sillones de aquella mesa, sin decir ni una sola palabra y ni siquiera atreverse a mirarme a la cara.

- Podías haber hecho las cosas por las buenas, pero como siempre eres retorcido... ¡Yo no soy uno de los sucios negocios, Javier! ¿Pretendías dejarme en la calle? ¿Por qué no me lo contaste?

- ¿Y qué te llevarás la mitad de todo lo que he construido yo con mi esfuerzo? - dijo con gesto contrariado y dando un puñetazo en la mesa.

- Qué poco me conoces... Habría renunciado a todo lo que fuera tuyo; pero has querido quitarme también esas miserables acciones, por medio de engaños. Así que ahora sí que voy por todas... Veremos que dice el juez... - dije dándome la vuelta para abandonar la sala.

Cuando me dirigía a la puerta, Antonio se levantó de la silla y se puso en mi camino para impedir que me fuera; tengo que admitir que me asusté un poco, pensando en que quizás había jugado mis cartas muy rápido, pero el enfado había ganado a la prudencia.

- Siéntate, Raquel... - dijo Javier a mis espaldas sin levantarse de su sillón.

Me dirigí a una de los sillones cerca de él y, tomándome mi tiempo me senté.

El gesto de Javier era de tranquilidad y de una media sonrisa que me tenía más asustada.

- Sabes bien, que nunca voy de farol... Siempre tengo algo guardado; y, cariño, no deberías escribirte con nadie a través de mi ordenador. Porque hay una opción que permite que las conversaciones escritas queden grabadas.

En ese momento encendió la pantalla de exposiciones y pude observar una de las conversaciones con Carlos de una de nuestras noches de confidencias.

- “Me encanta hablar contigo”, “¿Sabes que me haces sentir como si necesitara hablar cada día contigo?”... Vaya, ¿Qué opinará un juez de estas conversaciones con otro hombre.- decía echándose en el respaldo del sillón?

- Esas conversaciones no muestran nada... Solo hablo con un amigo, sin ninguno sentido sexual ni sentimental...- dije poco convencida de lo que decía, sin poder recordar si alguna de nuestras conversaciones había subido de tono más de lo recomendable.

- Bueno, pero tranquila... Aún hay más... - dijo pulsando otra tecla de su mando.

Entonces aparecieron fotos de Carlos y de mí, tomando un de nuestros desayunos juntos; aunque sabía perfectamente que nunca había pasado nada entre nosotros, la verdad, las fotos elegidas mostraban una complicidad que cualquiera pudiera confundir con otra cosa. Aquella atracción latente que había entonces entre nosotros, salía perfectamente reflejada en aquellas fotos.

- ¿Has mandado que me sigan? ¡Estás loco!- dijo cada vez más asustada.- Además, Carlos es un compañero de curso y está casado... Te estás equivocando...

- ¿Está casado? ¡Vaya! Eso sí es una sorpresa...

- Todas esas fotos no valen para nada... No demuestran nada...

- Mira, Raquel... Te voy a contar una historia, seguro que te gusta...

Javier llegó a su oficina un poco más tarde que de costumbre; no es que soliera madrugar ni ser el primero en aparecer nunca, pero ese día en particular, aprovechando que no había reunión del Consejo de Dirección había decidido tomarse las cosas con más calma.

- Hola Carmen, ¿ha llegado ya Antonio Suarez?- dijo cogiendo el informe de prensa de la mesa de su secretaria y sin molestarse en apreciar en nuevo peinado que llevaba su secretaria.

- Buenos días, Sr. Gámez; sí, D. Antonio ya está en su despacho; me ha dejado esta nota para usted...

Javier arrebató la nota, cuidadosamente guardada en un sobre, de las manos de su secretaria. Abrió con nerviosismo para leer el contenido mientras se dirigía a su despacho a dejar su maletín.

“He seleccionado al candidato; estoy reunido en mi despacho con él, cerrando el acuerdo... Pero creo que tú deberías encargarte de todo. Te quiero. Su”

Rompió la nota en pedazos con una mezcla de sensaciones; una de alegría, porque el plan iba según lo previsto y planeado; y otra de enfado, porque no le gustaba que *Su* – un mote que le había puesto a su amante para diferenciarlo de otro Antonio que trabajaba en dirección- mostrara por escrito sus sentimientos. ¿Quién sabe quien podía leer esa carta?

Salió de su despacho mientras se aflojaba el nudo de la corbata; lo informal de la reunión que tenía, le permitía prescindir de esa prenda que siempre le había incomodado. Entró en el despacho de su asistente, sin ni siquiera llamar a la puerta, para encontrarse a Antonio, de pie junto a la mesa, sirviendo un vaso de agua al invitado.

- Buenos días a los dos.- saludó al entrar, rodeando la mesa y sentándose en el sillón de Antonio.

- Buenos días, Javier- contestó Antonio, con una sutil sonrisa que extrañó al propio invitado, que permaneció en silencio sin saber que

decir.

El recién llegado cogió un informe que había sobre la mesa y comenzó a leer detenidamente todos los datos sobre el candidato; era una especie de estudio simple a los resultados de una entrevista personal.

- Sr. Carlos Ramos, actor, Estudios Superiores en Arte Dramático...- leía Javier en voz alta, mientras veía las reacciones del candidato.- Buena apariencia, joven y ninguna experiencia en medios de comunicación. ¿Sabe en qué consiste el trabajo?

- Bueno, sí... Mas o menos el Sr. Suárez me ha comentado algo...- dijo Carlos, atusándose su pelo largo que caía sobre los hombros.- tengo que interpretar al amante de una mujer, ¿no?

- De mi mujer...- aclaró Javier con una maquiavélica sonrisa.

- ¿Cómo?- dijo muy sorprendido el joven invitado.

- Es muy sencillo, has sido seleccionado para seducir a mi mujer; estamos en trámites de divorcio y necesito pruebas de sus continuas infidelidades...

- ¿Y por qué no contrata usted a un detective?- inquirió Carlos que no salía de su asombro, por la propuesta que estaba recibiendo.

- Necesito algo más que unas simples fotos de dos tortolitos... Mi mujer es muy audaz y no se dejara pillar en la calle...

- Entonces, a ver, que yo me entere bien... ¿Hasta donde tengo que llegar yo?

- Quiero que la seduzcas y que te la lleves a la cama... Quiero una grabación mientras te follas a esa zorrita.

Carlos abrió los ojos como platos; había estado en innumerables casting y entrevistas, pero era la primera vez que le proponían mantener relaciones sexuales por dinero...

- Sigo diciendo que no entiendo por qué usted no contrata a...

- Le pagaría 30000 euros...- le cortó Javier, para tratar de convencerlo.

Hubo un silencio de todos los ocupantes del despacho al escuchar la cifra; hasta el propio asistente de Javier se sorprendió por la cifra ofrecida. Carlos clavó su mirada en sus propias rodillas mientras frotaba nervioso sus manos.

- Sabes que es mucho dinero y que te vendría muy bien... Piénsalo: actor en paro, ex presidiario...- dejó caer Javier que tenía todas las cartas marcadas.

- ¿Cómo... Cómo sabe usted eso?- preguntó, más nervioso aún, Carlos levantando su mirada hacia su interlocutor.- Eso no lo sabe nadie...

- Mira, chaval... No me lo tengas en cuenta, pero esto son negocios y, como negocios que son, tengo que analizar bien mis inversiones para saber si merece la pena invertir en ellos. Te hemos estudiado bien, sabemos tus circunstancias especiales y es precisamente eso lo que te hace el candidato ideal.- sonrió Javier, muy seguro de sí mismo.- Ese dinero te ayudara a empezar una nueva vida aquí, sin tener que dar explicaciones a nadie. Porque, ¿Quién se va a fiar de un ex presidiario?

Carlos guardó silencio mientras pensaba en lo que podría hacer con ese dinero, podría tener esa oportunidad de comenzar de nuevo dejando atrás todos los errores del pasado.

- ¿Sólo tendría que seducirla?- preguntó tratando de aclarar sus propias dudas.

- ¿Sólo? Jajaja.- rió Javier ante la facilidad que presumía Carlos, cuando sabía perfectamente que le iba a costar más trabajo de el que creía.- Tienes que seducirla, provocar que confíe en ti y, lo más importante, acostarte con ella en mi casa, para que lo puedas grabar todo... Un juez entenderá que ha mancillado mi cama revolcándose con otro.

- Está bien, lo haré...- dijo apenado Carlos, mientras se levantaba de la mesa.- ¿Cómo me pagará?

- Diez mil cuando tenga las primeras pruebas graficas de la relación y el resto al recibir el video grabado en mi casa...

- Vale... ¿Cómo encuentro a su mujer?

- Está todo preparado: os he apuntado a los dos a un curso de gestión empresarial patrocinada por mi empresa; empezas dentro de una

hora...

- ¿Hoy? ¿Una hora? Pero es demasiado precipitado...- dijo Carlos mientras se acercaba de nuevo a la mesa desde la puerta.

- Chaval, no es una película, no te estás jugando un Oscar... Aunque si quieres, buscamos a otro...

- No, no... Está bien...- dijo Carlos cogiendo una carpeta que le ofrecía Antonio, el asistente, con datos sobre su "víctima".

Volvió a andar hacía la puerta del despacho, viendo la foto de una atractiva mujer de no más de treinta años... Suspiró al ver que, al menos, no se trataba de una mujer repulsiva y que era más joven que su "cliente".

- ¡Ah! Y córtate un poco el pelo; no creo que mi mujer se deje seducir por un melonado, como tú...

Carlos se sintió utilizado, pero sabía perfectamente que tenía que controlarse porque ese dinero se podía sacar del atolladero en el que andaba metido. Salió por la puerta, mientras sentía una palmada en la espalda del asistente, como si sintiera lástima de él.

Al cerrar la puerta del despacho y quedarse solos, Antonio se acercó a Javier sentándose sobre la mesa y sonriendo sorprendido de cómo había salido la cosa.

- ¿Te puedo preguntar una cosa? Si has preparado todo para esta mañana, ¿sabías perfectamente que aceptaría el encargo? ¿Cómo?- preguntó Su, totalmente obnubilado por la capacidad de su jefe y amante.

- Después de muchos años ocupando de la dirección de personal, se analizar las debilidades de cada persona... Sabía que no podía rechazar esa suma de dinero...

- ¿Ah sí? ¿También has analizado mis debilidades?- preguntó el asistente mientras se mordía el labio inferior.

- Por supuesto, cariño... Sé perfectamente lo que nunca rechazarías.- susurró Javier mientras se abría la bragueta y sacaba su polla medio flácida.

Antonio se puso de rodillas ante la silla de su jefe, pajeando aquella arrugada polla de arriba abajo y mirándolo a los ojos.

- Es verdad... Conoces mis debilidades...- respondió Antonio, mientras acercaba la lengua al rabo de Javier.

No podía creer lo que escuchaba de boca de mi marido. ¿Carlos era un actor? ¿Lo había contratado él? ¡Dios mío! Creo que toda mi vida se derrumbaba sin poder evitarlo; aquella tabla de salvación que creí haber encontrado, se iba al fondo del mar conmigo agarrada a ella...

- Parece que ya no estás tan segura de ti misma, ¿no?- dijo mi marido con un gesto cínico.

- ¿Cómo has podido hacerme esto, Javier? ¿Por qué...?- comencé a sollozar sin poder evitar mostrar mi debilidad ante mi enemigo.

- Ya te lo he dicho, cariño... No debía usarlo, sólo era un as en la manga. Pero te has empeñado en descubrirlo todo. Sólo son negocios...

- ¿Eso es lo que yo he sido para ti? ¿Un negocio? ¿Desde cuando te acuestas con él?- dije señalando a su asistente, que observaba la escena visiblemente avergonzado.

- Eso no importa ahora... Pero para que veas, que al menos no quiero dejarte sin nada...- inquirió Javier, cogiendo los contratos de traspasos de las acciones y rompiéndolos delante de Raquel.- Puedes quedarte con tus acciones.

En ese momento, alguien llamó a la puerta de la sala de juntas y, tras recibir permiso de Antonio, entró la secretaria que antes había visto en la sala de espera.

- Disculpe, Sr Gámez... Pero acaban de dejar este paquete para usted; Carlos Ramos ha dicho...- explicó la secretaria mientras leía el remitente del paquete.

Al oír su nombre, el corazón se me aceleró a mil por hora; Carlos había estado a escasos metros de mí y no había podido verlo... La rabia me consumía, pero sabía perfectamente que sería incapaz de echarle nada en cara. La secretaria se sorprendió al encontrarme secándome las lágrimas y puso cara de

preocupación, tratando de acercarse a mí.

- Ya puedes irte, Cristina...- protestó Javier, que no quería que ella se acercara a mí, mientras recogía el paquete de manos de Antonio.

- Sí, señor... Perdón.- dijo Cristina dirigiéndose a la salida sin dejar de mirarme compungida.

De nuevo, me quedé a solas con aquellos dos indeseables, aunque por el gesto de Antonio, parecía que poco tenía el que ver en todo aquello. En el fondo me daba lástima que aquel hombre se dejara llevar por su amante de aquella forma; sí, puedo parecer un poco estúpida al disculpar al amante de mi marido, pero es lo que sentía...

- ¡Vaya! Parece que tu amigo no se ha atrevido a dar la cara ante ti, jaja...- dijo mientras abría el paquete y sacaba un DVD, dejando muchos papeles dentro que, seguramente, serían más pruebas de mi infidelidad.- Bueno, pero ha dejado un regalo para nosotros, ¿verdad?

Yo seguía en silencio sin saber que decir mientras veía como metía el DVD en el reproductor; tengo que admitir que con la borrachera que llevaba, en ningún momento, me percaté de que Carlos se pusiera a grabar lo que pasaba en el dormitorio aquella noche. Eso explicaba como había sabido llevarme a mi casa...

En ese momento, noté como mi móvil vibraba al recibir un mensaje; no sé que razón me impulsó a leer ese mensaje en un momento como ese, pero supongo que buscaba una vía de escape a esa situación.

“Espero que algún día puedas perdonarme... Sé que hice mal, al no contártelo, pero no me habrías dejado decirte que me he enamorado de ti. No dejaré que te hagan daño. Sé muy feliz en tu nueva vida. Carlos.”

Fue entonces cuando Javier le dio al botón reproducción del DVD y empezaron a salir imágenes de un documental de animales de *National Geographic*... Koalas, creo que eran koalas; mi cara era un poema, sorprendida por el contenido del DVD. Carlos se la había jugado a Javier, porque allí no había ninguna escena en la apareciera yo acostándome con nadie.

- ¡PERO QUÉ COJONES ES ESTO!- gritó Javier, fuera de sí, levantándose de la silla.- ¡ANTONIO! ¿QUÉ SIGNIFICA ESTO?

- No sé, Javier... Yo... Yo sólo te he dado el DVD...

- ¡Este cabrón me la ha jugado!- decía mi marido sin poderse creer que todo le saliera mal.- ¿Y qué son esos papeles que hay en el paquete? Antonio, asustado por la reacción de su amante, cogió los papeles con miedo y comenzó a leer en voz alta:

- “Aquí tienes el reportaje que me pediste; lamento decirte que hemos salido poco favorecidos, pero es que la cámara era de muy mala calidad... Lo que sí encontré interesante fueron todos los documentos que archivabas en tu ordenador sobre los ingresos que llevas años haciendo en tus cuentas en Suiza, defraudando a Hacienda...- al leer esto, Antonio carraspeó incómodo ante lo que venía después.

- ¡SERÁ HIJO DE PUTA!- volvió a gritar mi marido, mientras yo asistía a la escena totalmente absorta.

- ¿Sigo?- dijo Antonio que tomó el silencio de Javier como un “sí”- “Por supuesto, tengo copia de todos los archivos y todas los balances que prueban que llevas años robando a la empresa para la que trabajas; deja a Raquel en paz, ella se merece a alguien mejor que tú y que yo... Le vas a dar todo lo que le pertenece, sino quieres que todo esto salga a la luz... ¡Ah! Tenias razón: ¿Quién se iba a fiar de un ex presidiario?”

Javier se dejó caer pesadamente sobre su sillón presidencial mientras apoyaba los codos en la mesa, totalmente hundido. Yo me levanté sabiendo que ahora tenía todas las de ganar porque, como en una buena partida de póker, había descubierto su farol.

- Lo siento mucho, pero tú te lo has buscado...- dije dirigiéndome hacia la puerta y antes de salir me giré para decirle.- Tendrás noticias de mi abogado... “Cariño”

Al salir de la sala de juntas y cerrar la puerta de un portazo, me encontré con la secretaria que me miraba desde su mesa.

- Muchas gracias, Cristina... ¿Quieres un consejo? Deja este trabajo...- le dije mientras le guiñaba un ojo y cogía el ascensor para salir del edificio.

Tres meses después

Tras el divorcio salí bastante beneficiada debido a que Javier no se opuso a nada, por miedo a las represalias que pudiera tomar Carlos contra él... Me compré un coqueto apartamento muy cerca de donde vivía Mabel, con la que mantuve esa estrecha amistad que nos unía. Por supuesto, de Carlos no pude averiguar nada era como si se hubiera borrado del mapa. Aunque también tengo que admitir que seguía estando muy dolida con él, porque, a pesar de que al final se arrepintiera y me pusiera a Javier en bandeja de plata, me había utilizado y no sabía si podría perdonárselo.

Uno de esos días, en los que Mabel y yo estábamos en mi casa charlando de las próximas vacaciones mientras su hijo jugaba con unos recortables en el suelo, alguien llamó a la puerta.

- Voy yo, debe ser la comida china...- saltó del sofá Mabel, con esa vitalidad que le caracterizaba.

Segundos después, volvió a aparecer por el pasillo con la cara pálida; yo creí que era otra de sus estúpidas bromas y sonreí, pero al ver que su gesto no cambiaba, empecé a asustarme. Detrás de ella, apareció la mujer de Carlos...

- Creo... Creo que te busca alguien...- dijo Mabel, mientras se acercaba a su hijo, lo cogía en brazos y se iban hacia la cocina.- Mejor os dejo solas...

Como os podéis imaginar la escena era de todo menos cómoda. Allí estaba,

tras tres meses, la mujer de Carlos que vendría a reprocharme lo que pasó entre nosotros.

- Siento mucho presentarme así en tu casa, pero tenía que hablar contigo, Raquel...- dijo la mujer, mientras se sentaba junto a mi el sofá, dejándome sorprendida por la naturalidad de sus gestos.

- Mira, quiero que sepas que siento mucho lo que pasó, pero entre Carlos y yo no ocurrió nada... De verdad... Sólo éramos compañeros de curso y nada más. Siempre hablaba de ti, de lo feliz que era con su mujer y con su hijo...- comencé a relatar.

Sé que quizás debería haberle dicho todo lo del engaño de su marido a aquella mujer, pero supongo que , al fin y al cabo, Carlos se había portado bien al final conmigo y no había razón para destrozar su matrimonio.

- Espera, espera... ¿Qué has dicho? ¿Su mujer y su hijo?- me interrumpió la mujer esbozando una sonrisa.- Me extraña que te dijera eso, porque no está casado ni tiene hijos...

- Entonces... ¿Tú no...?- dije sorprendida por la confesión de aquella extraña que había en mi casa.

- ¿Yoooo? No, por dios, jajaja... Soy su hermana... ¿De verdad creías que yo era su mujer?- reía a carcajadas la mujer.

- Yo... Lo siento... No...

- Tranquila, no he venido por eso... He venido por Carlos, tienes que verlo, por favor...

- Yo no sé...- decía sin poder asimilar todavía todo lo que estaba descubriendo.

La hermana de Carlos me puso la mano en la rodilla, acercándose más a mí, y mirándome a los ojos con gesto de súplica comenzó a explicarme, sacando su DNI de la cartera.

- Me llamo Carmen Ramos; mira, ¿ves? Soy su hermana... Me ha contado todo y no se atreve a dar el paso, pero sé que os queréis... Se te nota en la cara cuando hablo de él; sólo te pido que lo veas y habléis, nada más...

- ¿Te ha mandado él? ¿Cómo me has encontrado?-

preguntaba ya más crédula de lo que me decía Carmen.

- A lo segundo, es muy fácil: tenía tu antigua dirección y preguntando a algunos vecinos conseguí tu dirección.- relataba la hermana que demostraba ser tan audaz como Carlos.- Lo primera respuesta es: no. No me ha mandado él... De hecho si se entera de que he venido, me mata.

- Y si él no quiere que me busques, ¿por qué lo haces?- dije un poco desanimada.

- Mira, creo que tengo que contarte toda la historia para que me entiendas... Yo me casé muy joven con la oposición de toda mi familia y me quedé embarazada a los pocos meses. Todo era maravilloso, hasta que mi marido empezó a beber y a drogarse; entonces llegaron las palizas, los abusos y los insultos. Fui capaz de aguantar con tal de no llegar a casa de mi hermano y que viera que tenía razón...- comenzó a explicar Carmen, un poco emocionada.- Pero uno de esos días, el hijo de puta de mi marido pegó a mi hijo y eso sí que no podía permitirlo, por lo que me metí en medio. Me dio tal paliza que casi me mata... Cuando llegué al hospital, llamaron a toda mi familia, incluido Carlos...

- Dios mío, lo siento...

- Carlos estalló de rabia y fue a buscar a mi marido, que ni siquiera se había preocupado de nosotros... Lo encontró en un bar y se enzarzaron en una pelea. Según los testigos, Carlos mató a mi marido a puñetazos, sin que nadie pudiera hacer nada por separarlos...

- ¿Lo mató?- dije tapándome la boca por la impresión.

- Sí, fue por mi culpa... Perdió el control, pero lo hizo por mí... Lo condenaron a cuatro años de cárcel, por homicidio.- dijo echándose a llorar desconsolada.

No pude evitar sentirme enternecida por aquella muchacha y todo lo que había pasado; la acerqué contra mi pecho y nos abrazamos, llorando las dos compungidas.

- Por eso vengo a verte... Juré que no dejaría que nada le hiciera daño a mi hermano y, Raquel, tú le dueles...- dijo mirándome a la cara.- Eres lo mejor que le ha pasado en mucho tiempo y, siempre dice, que cometió el error de enamorarse de la persona perfecta en el momento

equivocado...

- ¿Te ha dicho que está enamorado de mí?- dije muy afectada.

- Es un alma en pena... Entenderé lo que decidas hacer; sólo creía que debías saber toda la historia, para que al menos entiendas, en parte lo que hizo... Buscó ese dinero para poder acabar esa casa rural que heredamos de nuestros padres y vivir los tres juntos allí, lejos de todo...

Guardé silencio un instante, me levanté del sofá, inquieta... Comencé a pasear por el salón mientras Carmen me observaba. Pude ver a Mabel, mirando también desde la puerta de la cocina, con lágrimas en los ojos; me quedé un momento mirándola y, tras unos segundos, me giré hacia Carmen.

- ¿Dónde está?- dije mientras cogía mi cazadora y comenzaba a ponérmela.

Carmen sonrió mientras se levantaba para abrazarme... Estaba decidida, iba a buscar a Carlos.

Después de salir de prisión, un lugar que sirve de cualquier cosa menos de método de reinserción, luché por recuperar el control de mi vida. Pero no era tan fácil como esperaba; a un ex presidiario no le dan las mismas oportunidades que a los demás, es una mancha en su vida muy difícil de limpiar, sea cual sea el delito que hayas cometido.

Bueno, quizás tengan razón si tenemos en cuenta que mi delito había sido un asesinato... En estos casos no valen de nada las excusas ni las causas, le había arrebatado la vida a un hombre y, por muy maltratador que fuera y muy hijo de puta, nadie merece quitarle la vida a nadie. Esto era un tormento más que añadir a mi vida, porque los remordimientos por lo que hice me cambiaron el carácter hasta convertirme en una sombra de lo que era.

Pero tengo que admitir que la idea de mi hermana Carmen de ocuparnos de restaurar la vieja casa de campo de nuestros abuelos para montar un hostel rural, me abrió unas nuevas perspectivas para reconducir mi futuro... Creo que ella se siente más culpable que yo, por mi tiempo pasado en prisión; se ha creado entre nosotros un vínculo increíble, y estoy orgulloso de que tanto ella como yo mismo, tengamos la posibilidad de empezar una nueva vida.

El gran obstáculo que tuvimos en nuestro idealizado futuro eran los recursos económicos para las reformas, de las cuales me ocupaba yo en su mayoría. Yo sólo era un licenciado en Arte Dramático con experiencia en algunos cortometrajes y en algunas funciones teatrales, pero cómo he dicho mi oscuro pasado en prisión me cortaba cualquier aspiración a trabajos, siquiera, normales. Por eso, la amargura me comía en aquella vieja casa rural, mientras mi hermana trabajaba de dependiente en unos grandes almacenes para traer algo de dinero a casa.

Fue entonces cuando encontré aquel maldito anuncio de entrevista personal para ejercer un trabajo bien remunerado.

“Se busca hombre de entre 25-35 años; buena presencia, experiencia en interpretación y relaciones con el cliente. Buen salario. Contrato de dos meses...”

Sin mucho convencimiento, pero en gran parte por insistencia de mi hermana menor, me presenté a aquel casting, junto a otros 40 candidatos. Cual sería mi sorpresa, cuando tuve la suerte –mala, como descubrí después- de ser el elegido.

Creo que el resto de la historia ya lo conocéis; quizás cualquier otro hubiera cogido la pasta y se hubiera largado, pero yo cometí el error de tener un ataque de civismo y querer darle una lección a ese tal Javier Gámez... Era la clase de persona que utilizaba a gente con problemas como yo, para conseguir todo aquello que se proponía y eso, me llamareis gilipollas, no puedo aguantarlo.

Así que allí estaba yo, como bien sabéis, sin el dinero prometido y locamente enamorado de la mujer a la que había destrozado la vida... Raquel, aquella chica impresionante, a la que al menos intenté dejarla en una buena situación a la vez que daba una lección a ese hijo de puta. Pero, bueno, mi padre siempre me dio un consejo: “Es mejor pasar hambre y ser honrado que, a base de perjudicar sentirte saciado...”. Que queréis que os diga, mi padre un filósofo y yo un hijo ejemplar...

Aquella tarde estaba ocupado barnizando la barandilla de la escalera de madera que subía hacia la segunda planta de la casa; mi hermana había ido

a recoger a mi sobrino del cumpleaños de un amigo suyo del colegio y me dijo que tardaría un poco más porque quería hacer unas compras. La verdad que el silencio de aquella enorme casa y el olor característico de la madera recién barnizada me gustaban.

Pude escuchar a mi espalda el sonido de la cerradura de la puerta al tratar de abrirse sin ser capaz de hacerlo; me dispuse a bajar de la escalera por si Carmen venía más cargada de la cuenta de esas compras y no podía abrir la puerta por tener las manos ocupadas, porque la cerradura era vieja y aún tenía que arreglarla.

- Espera, nena... Ya voy, ya voy...- dije mientras me acercaba para abrir la puerta.

Al abrir la puerta de un fuerte tirón, porque estaba pujada por la humedad, me encontré de bruces con Raquel; os puedo asegurar que no me desmayé de milagro, porque la impresión de ver a aquella mujer en la puerta de mi casa, fue demasiado fuerte para mi.

- Hola Carlos- dijo con las llaves en la mano y una mirada que me hizo temblar de emoción.

- Ra... Raquel...- tartamudeé con la brocha de barniz en la mano y pálido como un cadáver.

- ¡Vaya!, parece que has visto a un fantasma...- dijo sonriendo un poco.-
¿Me vas dejar pasar?

- Sí... Sí, claro... Perdona...- le contesté abriendo totalmente la puerta para dejarla pasar.

Ella pasó al interior de la casa, mientras yo trataba de reaccionar y recuperar el control de la situación; iba vestida con ropa amplia y normal y con su típica coleta... Guapísima, como siempre. Miraba cada rincón de la entrada como si estuviera evaluando el estado de la casa; yo sólo guardaba silencio observando la escena con la puerta aún abierta.

- Me alegra saber que, al menos, lo de la casa rural era verdad- soltó como una puñalada que se clavaba en mi corazón.

- Yo... Lo siento... Sé que...

- Cállate, ¿vale?- me cortó secamente mirándome con algo de desprecio,

lo que me estaba matando poco a poco.- Quiero darte las gracias...

Yo la miré con los ojos como platos, porque creí que no había escuchado bien. ¿Me daba las gracias? La había engañado, humillado y aprovechado sexualmente de la situación y ella, ¿me daba las gracias?

- Cierra la puerta, anda... Que hace frío- me dijo sacándome de mis pensamientos y recordándome que tenía la puerta abierta de par en par.

- Sí, perdona...- dije cerrando la puerta y apoyándome contra ella.

- ¿Cómo pudiste hacerlo?- dijo dejando la pregunta en el aire, y cuando me disponía a contestar sin saber muy que decir, continuó.- ¿Cómo pudiste desaparecer así sin decirme nada?

Yo volví a mirarla desconcertado, sin saber muy bien a que atenerme; me puse de cuclillas y, sin poder evitarlo comencé a llorar, superado por la situación. Ella se acercó a mí y se puso de rodillas frente a mí. Me cogió del mentón y levantó mi cara, para que nuestras miradas se encontraran.

- Tu hermana me lo ha contado todo, pero no puedo decir que esté feliz; hubiera agradecido mucho más que fueras tú quien llamaras a mi puerta y hubieras hablado conmigo.

- ¿Te ha contado todo?- dije con pánico.- ¿Qué es “todo”?

- Lo que necesitaba saber de ti, ¿vale? No la culpes de hacer algo que tenías que haber hecho tú... ¿Por qué no me lo contaste todo?

Sus ojos eran un desafío para mí, porque eran mitad resentimiento y mitad esa candidez que me había hechizado desde el primer día que la vi.

- Tenía miedo de que me rechazaras...- esboqué en voz muy baja.

- ¡Ah! Y esconderte en esta casa de por vida, es una solución mucho más plausible...

- Mira, en parte entiendo por qué aceptaste el trabajo pero no puedo perdonarte todavía lo que hiciste, ¿me entiendes?

- Lo sé... No esperaba verte nunca más, así que mucho menos tu perdón...

Volvió a sonreír, iluminando toda la entrada de aquella vieja casa reformada; se levantó haciendo graciosos gestos para estirar sus rodillas y estirándome la

mano me dijo:

- Anda, ¿por qué no te levantas de ahí y vamos a un sitio más cómodo? Me estabas destrozando las piernas?

Me cogí de su calidad mano para incorporarme y, cuando estaba de pie e iba a retirar el contacto de nuestras manos, ella me agarró fuerte para que no me soltara.

- Por favor, Carlos... No te vayas nunca más, ¿vale?- me dijo mientras se acercaba a mí para abrazarme pegando la cabeza en mi pecho.

Yo no sabía muy bien lo que hacer pero mis brazos, poco a poco, fueron tomando la decisión de rodearla y apretarla contra mí.

- Si tú me dejas, me quedaré para siempre...- dije besándola en la frente.

Ella sonrió y levantando su cara y, poniéndose de puntillas para salvar la diferencia de estatura entre nosotros, me besó de forma dulce en los labios. Un beso, dos besos; y su lengua entró en contacto con la mía.

Fue como un resorte para los dos; una especie de señal de tregua en nuestras inquietudes... La cogí en brazos sin dejar de besarla para llevarla a un pequeño dormitorio donde había colocado un colchón.

- ¿Siempre me llevaras a la cama en brazos?- bromeó recordándome la primera noche que pasamos juntos.

- Bueno, esta vez no es una cama, así que...- le dije dejándola caer sobre el mullido colchón del suelo.

Comenzamos, de nuevo, a besarnos mientras mis manos recorrían su cintura, sus caderas y su culo... Las suyas acariciaban mi pelo y mi cuello dejándose llevar por las sensaciones. Me desabrochaba los botones de la vieja camisa que llevaba puesta, mientras no dejaba de morder y besar mis labios. No sé como lo hizo pero, en un descuido, me dio la vuelta situándose ella encima de mí.

- Esta vez déjame a mí llevar el control, ¿vale?- dijo para entregarse a besar mi pecho y mis pezones.

- Ufff... Sí, control... Te dejo...- balbuceaba sin conexión mientras notaba sus caricias.

Noté como fue bajando para comenzar a desabrochar mi pantalón, a la vez que

jugaba con su lengua en mi ombligo; su mano entró en contacto con mi polla, que ya estaba durísima, y la masajeaba mientras su boca seguía jugando con mis abdominales.

- Es la primera vez que veo esto, porque la otra vez ni me dejaste... Ummm.- dijo comenzando a lamer el tronco de mi polla.

- Lo... Lo siento... No debí hacerlo, pero no pude evitarlo... Joder.- me disculpaba sintiendo su lengua.

- Bueno, ahora olvídate de eso... Quiero disfrutar de este momento...- susurró para meterse mi sexo en su boca y comenzar a mamar muy despacio hasta la garganta.

Sus manos acariciaban mis muslos y mis huevos, mientras su boca no paraba de chupar mi polla; yo, con los ojos cerrados, estaba en el cielo porque allí estaba la mujer de mi vida haciéndome la mejor mamada que me habían hecho nunca.

- Raquel, si sigues así harás que me corra enseguida... Ufff- la avisé al sentir ya los primeros síntomas de un inminente orgasmo.

- Vale, vale... Lo pillo.- dijo incorporándose un poco para deshacerse de su pantalón y sus braguitas.- Hoy quiero que llegemos hasta el final...

Una vez desnuda de cintura para abajo, se situó sobre mí y cogiendo mi pene comenzó a frotarlo en la entrada de su húmedo coñito. Pude sentir perfectamente como iba entrando por lo caliente de su interior.

- ¡Dios mío, Carlos!- exclamó mirando al techo dejándose caer sobre mi polla.- Por fin, tú y yo solos...

Mis manos agarraron sus caderas para marcar un ritmo pausado, porque quería recrearme en esa visión de mi bella amazona cabalgándome muy lentamente; ella me miró a los ojos, con la boca entreabierta, y se inclinó sobre mí volviendo a besarme.

- No sé lo que pasará en un futuro, Carlos, pero creo que no está nada mal dejarse llevar por los instintos...- decía mientras aceleraba el ritmo de su cabalgada.

- Ufff... Ahora mismo no me pidas que piense mucho, cariño...- respondí tratando de aguantar lo más posible.

- ¿Cariño? Suena bien en tus labios.- dijo con una preciosa sonrisa.

Me incorporé sobre mis codos, para poder quitarle la camiseta sin que ella dejara de follarme. Sus grandes tetas quedaron ante mis ojos y no dejé pasar la oportunidad de tocarlas y besarlas, mientras sentía mi polla atrapada entre los labios de su coñito.

- Madre mía, nene... Vas a hacer que me corra, uff- se quejó ella apretándose más contra sus pechos sin dejar la cabalgada.

- Pues menos mal, yo ya no aguanto más, buff...- le confesé dejándome llevar.

- Ahhh, sí cariño, pero avísame... Lo siento, pero tienes que correrte fuera no estoy tomando ninguna precaución.

Aprovechando ese momento de indecisión, le di la vuelta ahora yo a ella; puse sus piernas en mis hombros y comencé a follarse muy despacio pero profundamente. Ella gemía y arañaba mis hombros.

- ¡Me corro, Carlos, me corro, así... Así, síiiiiiiiiii -gritaba agitándose bajo el peso de mi cuerpo.

Al sentir las contracciones de su sexo no pude evitar explotar; salí de ella con el tiempo justo de empezar a correrme sobre su vientre y su monte de Venus. Me dejé caer a su lado, quitándome de encima de ella; ella pasó una de sus piernas por encima de mí. Mi propio semen estaba llenándose el costado, pero os puedo asegurar que, en ese instante, es lo que menos me importaba.

- ¿Y ahora qué?- preguntó ella mientras acariciaba mi pecho sin mirarme.

- Pues no lo sé, Raquel... No quiero que te ates sin haberme perdonado del todo.

Ella guardó silencio como analizando mi frase o valorando las posibilidades; apoyó su barbilla en mi pecho para mirarme a los ojos.

- Bueno, tu hermana me ha dicho que tenéis problemas con la financiación para las reformas...- dijo cambiando de tema, sin saber yo muy por donde iban los tiros.

- ¿Qué quieres decir con eso...?

- A ver, gracias a ti no me puedo quejar de la situación económica tras mi divorcio... Y mi asesora siempre me ha dicho que sería bueno que invirtiera

el dinero en algo más palpable que esas malditas acciones...

- ¿Me estás planteando...?

- Sí...- me cortó mientras me besaba el pecho.- Quiero ser vuestra socia capitalista; así estaremos juntos y no podrás escapar otra vez de mi vida.

Sonreí por la capacidad que tenía esta mujer para sorprenderme con sus locas ideas; nunca me había planteado compartir este sueño con nadie más: primero, porque no sabíamos hasta que punto sería rentable y segundo, por el carácter familiar del negocio.

- No pretendo escapar nunca más de tu vida...- le dije mientras me subía sobre ella para volver a besarla en el cuello.

- Carlos, no es que no me encante hacerlo contigo...- me dijo separándose- Pero no he venido sola; tu hermana y tu sobrino estarán ahí fuera esperando a que salgamos.

Comenzamos a reír los dos ante las cosas que estarían pasando por la cabeza de mi hermana Carmen que llevaba casi una hora y media fuera de la casa.

Han pasado seis meses desde aquel día; la relación entre Carlos y yo está cada día más consolidada; desde que abrimos el hostel rural, no hemos parado de trabajar, superando todas las expectativas que teníamos... Aunque Carlos se opone porque no quiere que gaste más dinero en su sueño, ya estamos negociando para quedarnos por otra casona que hay justo al lado, para ampliar el negocio.

Creo que aún no entiende que sus sueños son mis sueños... Y que soy feliz estando a su lado, para olvidarnos del pasado y crear nuestro propio futuro.

